

Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. IX - Nº 97 Mayo de 2026

En Fátima, los destellos sacrales de la aurora del Reino de María

Amor y adoración en el misterio de la Visitación

Nuestra Señora estaba llena de amor hacia su prima Santa Isabel, no sólo porque en Oriente se daba mucha más importancia a esos parentescos que entre nosotros, sino por ser dos santas, santísimas, y por eso se querían mutuamente como no se puede imaginar.

Las dos madres y los dos niños se encontraron. Por primera vez el Precursor, en el claustro materno, conoció a su Salvador.

¡Imaginen el acto de amor del Niño Jesús hacia ese Precursor que habría de morir por Él tan heroicamente!

Y, por otro lado, el acto de adoración de San Juan con relación al Redentor por el cual él iba a morir.

¡Qué cosa magnífica!

(Extraído de conferencia de 2/7/1995)



Flávio Lourenço

Visitación – Catedral de Santa María de Freising, Alemania

Sumario



En la portada, Imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima.

Foto: Luis C. R. Abreu

Vol. IX - No. 97 Mayo de 2026

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como "conferencias" — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:
Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:
Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:
Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com
Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

Segunda página — 2
Amor y adoración en el misterio de la Visitación

Editorial — 4
Fátima: divisor de aguas

Piedad pliniana — 5
¡Renovad la faz de la Tierra!

Doña Lucilia — 6
Armonía, esplendor y delicadeza de matices

Reflexiones teológicas — 8
Las mil expresiones de Nuestro Señor Jesucristo en la Ascensión

Denuncia profética — 15
El mensaje de Fátima y el triunfo de la Contra-Revolución

Santoral — 22
Santos de Mayo

Eco fidelísimo de la Iglesia — 24
Un patrono para los imperfectos

Hagiografía — 26
Integridad y vigilancia

Apóstol del pulchrum — 33
Sueños que adivinan las magnificencias de Dios

Última página — 36
Nuestra Señora del Santísimo Sacramento











Editorial

Fátima: divisor de aguas

El elemento esencial de los mensajes de Nuestra Señora en Fátima consiste en abrir los ojos de los hombres para la gravedad de la crisis universal de nuestros días, en darles su explicación a la luz de los planes de la Providencia Divina y en indicar los medios necesarios para evitar la catástrofe. Es la propia historia de nuestra época y, más aún, de su futuro, que nos son mostrados por la Santísima Virgen.

No hay una sola aparición mariana en que no se insista sobre esto: los pecados de la humanidad se tornaron de un peso insoportable en la balanza de la justicia divina. Esa es la causa recóndita de todas las miserias y desordenes contemporáneos. Los castigos más terribles amenazan a la humanidad y, para que no sobrevengan, es necesario que los hombres se conviertan. El pensamiento constante de todos los mensajes es este: el mundo inmerso en una terrible crisis religiosa y moral; los pecados cometidos son incontables y constituyen la verdadera causa de la desolación universal. El modo más acertado para remediar sus efectos consiste en la oración y en la reparación.

Nuestra Señora bajó a la tierra a fin de atraer para ese inmenso panorama el celo por las almas. Ella quiere piedad, quiere reparación, pero respalda su deseo en una visión inmensa de los grandes intereses de Dios en toda la extensión de la tierra.

Delante de ese panorama, el mundo de hoy se va dividiendo cada vez más en dos familias de almas. Una considera que la humanidad es víctima de un conjunto de errores y de iniquidades que comenzaron en la esfera religiosa y cultural con el Humanismo, el Renacimiento y la pseudo-Reforma protestante, se agravaron con el iluminismo y el racionalismo, y culminaron en la esfera política con la Revolución Francesa. Del terreno político pasaron para el campo social y económico, en el siglo XIX, con el socialismo utópico y con el socialismo llamado científico.

Al mismo tiempo, sobre todo a partir de la Gran Guerra, la moralidad empezó a declinar con una rapidez espantosa en Occidente, preparándolo para la capitulación ante el comunismo.

Para las incontables almas que comparten ese modo de pensar, el mensaje de Fátima es todo cuanto hay de más coherente con la doctrina católica y con la realidad de los hechos.

Hay otra familia de almas para la cual los problemas del mundo contemporáneo tienen poca o ninguna relación con la impiedad y la inmoralidad. Ellos nacen exclusivamente de equívocos involuntarios que una buena difusión doctrinaria y un conocimiento objetivo de la realidad pueden disipar. Esos equívocos resultan, además de eso, de carencias económicas; hijos del hambre, morirán cuando en el mundo no haya más hambre. Con el auxilio de la ciencia y de la técnica, la crisis de la humanidad se resolverá. Además, no habiendo el factor culpa como nota tónica de las catástrofes y de los peligros en que nos debatimos, la noción de un castigo universal se vuelve incomprensible.

Entre una y otra familia de almas hay muchas gamas. En la medida en que cualquiera de las corrientes intermediarias se acerca a uno de los polos, se va haciendo comprensible o incomprensible para ella el mensaje de Fátima. Este se encuentra, pues, en este sentido, como un verdadero divisor de aguas de las mentalidades contemporáneas.

¿Se darán todos los acontecimientos previstos en Fátima? Esa es la pregunta que la humanidad contemporánea se hace. En principio, no hay como dudar, pues el hecho de que una parte das profecías ya se haya realizado con impresionante precisión prueba su carácter sobrenatural. Probado tal carácter, no hay como poner en duda que el mensaje celeste se cumplirá hasta el fin.

Puesto que no se operó en el orbe la inmensa transformación espiritual pedida en Cova da Iría, vamos cada vez más caminando para el abismo. Y, a medida que caminamos, aquella transformación se va tornando siempre más improbable.

Lo que importa es, pues, rezar, sufrir y actuar para que la humanidad se convierta. Y con redoblado empeño, porque si no, el castigo está a las puertas.

Para obviar el castigo, obtener la conversión de los hombres y caminar en medio de las hecatombes que tan gravemente nos amenazan ¿qué podemos hacer? María Santísima nos lo indica: enfervorizarnos en la devoción a ella –para lo que se revistió de los atributos propios de las invocaciones de Reina del Rosário, Madre Dolorosa y Nuestra Señora del Carmen–, la oración y la penitencia. Igualmente, la Virgen de Fátima insistió de modo especialísimo sobre la devoción a su Inmaculado Corazón.

Que nuestro espíritu se detenga en la consideración de las perspectivas últimas del mensaje de Fátima. Más allá de la tristeza y de los castigos tan probables hacia los cuales caminamos, tenemos las luces sacrales de la aurora del Reino de María: "Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará"*

---

* Cfr. "Catolicismo" ns. 29 y 197, mayo de 1953 e de 1967.



Declaración: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

¡Renovad la faz de la Tierra!

Oh Madre, a quien tantas veces veneramos bajo la invocación, cuán apropiada, de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento. Vuestro Hijo adorable vino a nosotros, Señora, y tuvimos la gracia de recibirlo, porque rezasteis por nosotros; vuestra oración inmaculada, rica en méritos perfectos e inefables, medió entre nuestra oración de pecadores y el Divino Destinatario al cual estas querían subir. Vos las tomasteis, las purificasteis, las hicisteis vuestras y, pasando por vuestro Corazón y vuestros labios, pudieron ser aceptadas por vuestro Divino Hijo. Cuando lo recibimos, fue con confianza, porque sabíamos que Vos estabais rezando por nosotros junto a Él y encubriendo nuestros defectos con vuestras cualidades.

Oh Madre Santísima, en este momento os suplicamos: dadnos un deseo profético, abrasado, llenadnos de ese deseo que es una chispa del vuestro. Y, en unión con él, haced que el nuestro vuele hasta el trono de Nuestro Señor, cerca del cual estáis.

Madre mía, pedidle que, teniendo en vista el océano de crímenes y pecados que la Revolución va acumulando a todo momento, Él no demore más, que venga ya, que aplaste, que disperse, que haga desaparecer de la faz de la Tierra incluso la memoria de los hombres malditos que lo persiguen y lo ultrajan, de dentro o de fuera de la Santa Iglesia.

Haced, oh Madre mía, que la Santa Iglesia resplandezca de nuevo. Que la Cátedra de la Verdad fulgure con el brillo de los grandes días, pero, sobre todo, de los grandes días que vendrán, en que, según esperaba y pedía el varón de vuestra diestra, San Luis María Grignion de Montfort, vuestra gloria aparecerá más esplendorosa que en los más bellos momentos de la historia de la Iglesia.

Haced, oh Madre mía, que la sociedad temporal, menor en dignidad que la sociedad espiritual, pero criatura vuestra, resplandezca también con la grandeza, la pureza y la fuerza de vuestro Reino.

Vuestro Divino Hijo nunca es tan plena y efectivamente Rey como cuando sois Reina. Y es para que el Reino de Él sea pleno y efectivo que pedimos que tal sea vuestro Reino, oh Vos que sois el ápice, la médula y la gloria del Reino de Él, la criatura perfecta en la cual, como en ninguna otra, su Reino se realizó, se realiza y se realizará. ¡Vos sois, oh Madre mía, el Reino de Cristo!

Haced que todo sea remodelado según Vos, para que el Creador, mirando la sociedad espiritual y la temporal llevadas al ápice de virtud, de unión con Vos, resplandeciendo de semejanza con Vos, le sean agradables. Y que, considerándolas, Dios tome su reposo como al comenzar su obra, cuando contempló el universo y vio que cada cosa era buena, pero que el conjunto de todas era mejor aún.

Que todos los Ángeles y Santos del Cielo y, sobre todo, oh Madre, todas las fibras de vuestro Corazón Sapiencial e inmaculado imploren al Divino Espíritu Santo que, por medio de Vos, derrame sobre los hombres vuestro espíritu; y lo que debe ser destruido sea destruido, como lo que debe ser renovado sea renovado. Por vuestra oración, oh Madre mía, habréis conseguido así que se renueve la faz de la Tierra.

Obtened que venga el Divino Espíritu Santo y renovaréis la faz de la Tierra. Renovadla pronto, enteramente, para el auge de vuestra gloria, oh Madre mía, es lo que os pido.

No miréis nuestros pecados, mirad ese deseo que Vos misma obtuvisteis para nosotros. Un deseo unísono con vuestro Corazón Sapiencial e Inmaculado; ese deseo obtendrá la gran gracia. ¡Venid oh María!

(Compuesta el 9/9/1977)


Flávio Lourenço

Anunciación – Galería Nacional de Umbría, Italia

Armonía, esplendor y delicadeza de matices



Archivo Revista

Muy sensible a colores y a flores, Doña Lucilia gustaba de contemplar los aspectos delicados y armoniosos de las cosas, aunque no dejaba de extasiarse con los grandes panoramas o con una bella puesta de sol

Mi madre era eminentemente, en el buen sentido de la palabra, sensible a millares de cosas.

Alma contemplativa de los aspectos delicados y grandiosos

Por ejemplo, una flor que se le diera. Su hábito era, si era una flor bonita, excepcional, parar, contemplarla por un buen período, quieta, sonriendo. Después de analizarla, a veces pasaba muy ligeramente un dedo en uno u otro punto y después, con toda naturalidad, comentaba al-

gún aspecto. No sabría expresar el ejercicio de trascendencia hecho por ella, pero ella decía algo como: "Mira la belleza de tal estría de tal pétalo, tal tonalidad…"

Se diría, por todos sus comentarios, que era muy sensible, especialmente a las cosas delicadas; y que todo lo que significase delicadeza de alma, matices, buena medida de las cosas, proporciones adecuadas, armoniosas, todo lo que significase armonía era su luz primordial.

Eso es verdad solo en parte. Porque yo la vi extasiarse con cosas maravillosas de un modo tal, que solo de hecho con la ayuda de la gracia se puede explicar por entero.

En el tiempo en que ella estaba viva, São Paulo no tenía tanta contaminación como tiene hoy. Y el movimiento de automóviles de nuestro barrio era mucho menor, siendo el aire mucho más puro.

En cierta época del año, cuando el sol se pone, aparece por encima de la *Rua Alagoas*. Y en el andén vecino al jardín de la Plaza Buenos Aires, hay una extensión grande de árboles, hoy ya medio viejos, que en aquel tiempo estaban en todo su verdor. Al ponerse el sol, los árboles forman una especie de cúpula y por debajo se veían rayos de luz que entraban.

Ella se quedaba de pie junto a la ventana, mirando largamente, extasiada. Yo veía que allí la extasiaba el esplendor, junto con el juego delicado de matices, a medida que el esplendor se iba atenuando y transformándose en delicadeza, porque el sol, cuando se va poniendo, se pone con delicadeza. Ella se extasiaba con eso.

Contemplando el mar de Río de Janeiro

Pero yo nunca la vi, delante de una cosa natural, tan extasiada como cuando la llevé a Rio de Janeiro, para asistir a mi posesión como diputado. Le conseguí uno de los mejores cuartos del Hotel Gloria. En aquel tiempo el Gloria y el Copacabana



Hotel Gloria a fines de la década de 1920

Núcleo de digitalización / IMS(CC3.0)

eran los dos mejores hoteles de Rio, por lo tanto, los mejores de Brasil. Y le conseguí un cuarto excelente, de frente, que permitía ver bien el mar.

El mar, con las reformas que hicieron, está lejos del hotel, pero en aquel tiempo casi golpeaba, por así decirlo, al hotel. A unos diez metros del hotel ya había mar, con apenas lo necesario para que pasase una avenida estrecha y un espacio pequeño para que los automóviles parasen y dejasen a los huéspedes.

En el cuarto donde ella se quedó eso no se veía. Se veía directamente el mar. Se podía tener la ilusión de estar en alta mar.

Ella se quedaba mirando la belleza de la playa de Flamengo y de aquella ladera, que en aquel tiempo tenía también un diseño diferente, muy bonito,

Ella tuvo una pequeña indisposición del hígado y dos o tres días que pasamos en Río los pasó casi todos en el cuarto. Pero estaba satisfecha con esa circunstancia, porque se quedaba sentada junto a la ventana, en esas sillas mecedoras, para hacerle bien al hígado, horas y horas, sola y sin tener qué decir de la belleza del panorama.

Yo me veía obligado a entrar y salir para una cosa u otra, etc. Allá estaban mi hermana, mi padre, que entraban y hablaban un poco con ella. Ella enmudecía la conversación para mirar el panorama, embriagada con el Flamengo, mucho más bonito en aquel tiempo que hoy.

Delante del hotel había dos palmeras –no eran palmeras imperiales, pero tendían a eso– altas y que se intercalaban sobre el panorama del mar. A ella le gustaba mirarlas.

Después llegaba la luna. Ella después daba un relato de todo eso. Y así se iba complaciendo mucho. ❖

(Extraído de conferencia del 9/4/1983)



Flávio Lourenço

Ascensión - Museo del Palacio Barberini, Roma

Las mil expresiones de Nuestro Señor Jesucristo en la Ascensión

No es posible que Nuestro Señor Jesucristo ascendiera sin gloria. El Evangelio no narra cuáles fueron las señales sensibles de aquella ocasión, pero debemos imaginarlas majestuosas, grandiosas y cautivantes.

Una meditación completa sobre la Ascensión debería tener dos aspectos: el primero sería sobre lo que significa teóricamente. El otro, una recomposición de la imagen de lo que ocurrió en el momento de la Ascensión, que simbolizaría su significado.

Era necesario para que la glorificación llegara al Cielo

La Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo al Cielo representó la consumación de su triunfo ante los ojos de los hombres. Se encarnó, nació de la Virgen María, vivió practicando maravillas, fue glorificado antes de su Pasión por los numerosos milagros que realizó, tanto en el Tabor como en la aclamación del pueblo en Jerusalén; también fue humillado, crucificado y muerto.

Era necesario reparar la enorme injusticia cometida contra Nuestro Señor Jesucristo. Esta reparación se hizo en la primera forma de su gloriosa Re-

surrección, en la que venció a la muerte y para todos los tiempos se demostró que era el Hijo de Dios, y que todo lo que quisieron hacer no valió de nada. Con la Resurrección, todos sus adversarios fueron aniquilados y la gloria del Dios-Hombre alcanzó su auge.

Pero era aún una gloria realizada en esta tierra. Era necesario para que la glorificación llegara al Cielo, es decir, después de que Nuestro Señor Jesucristo fuera glorificado ante los ojos de los hombres, que ellos vieran a Dios Padre elevarlo a la más alta de las glorias, llevándolo al Cielo para gobernar a su lado. Y su triunfo será el estar sentado por toda la eternidad a la derecha del Padre Eterno.

Él nunca dejó de estar en el Cielo. Sin embargo, en su naturaleza humana, estaba también en la Tierra. En la Ascensión, en su humanidad, ascendió al Cielo y se sentó a la derecha del Padre. Y dado que Él era Dios-Hombre, plenamente Dios y plenamente Hombre, para su naturaleza humana era una glorificación sin precedentes estar en un lugar donde ni un Querubín o un Serafín se atrevía a estar. Allí está sentado un hombre verdadero, con cuerpo, sangre y alma humanos, unido hipósticamente a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad.

El último acto de su existencia en la Tierra fue la Ascensión. Físicamente, es un acto por el cual fue subiendo hasta perderse de la vista de los hombres. Sin embargo, es mucho más que un subir: es entrar en el Cielo y sentarse a la derecha de Dios Padre.

Los cielos se abren

Existen, por así decirlo, "dos ascensiones" de Nuestro Señor Jesucristo. La primera, a los ojos de los hombres: atraviesa todo espacio y asciende al Cielo. Después a los ojos de los santos, cuando cruza subiendo –en sentido figurado– los coros de los ángeles y llega a Dios. Se vuelve superior a todas las criaturas del cielo.

Por tanto, hay dos fiestas: una que es su Ascensión en la Tierra y otra en el Cielo. El elevarse tanto ante los ojos de los hombres indica materialmente la gloria que ha recibido en el cielo, porque subir es ser glorificado.

Teniendo en vista de esto, debemos considerar que esta gloria fue seguida o acompañada por otra gloria inmensa: Nuestra Señora, los Apóstoles, los discípulos, lo vieron subir, estaban presentes, pero con Nuestro Señor Jesucristo subieron todas las almas justas que estaban en el Limbo esperándole, porque nadie había entrado en el Cielo antes que Él.

Así que San José, el más santo de los hombres; San Juan Bautista, el más grande de los hombres nacidos de mujer; todos los profetas del Antiguo Testamento, con la excepción de Elías y Enoc; todas las figuras justas que ya habían salido del Limbo o del Purgatorio, entrando en el Cielo; Nuestro Señor llevó esta miríada de almas resplandecientes. Era una fecha histórica: ¡el cielo, que había estado cerrado a los hombres, se abría!

Comenzó a prepararse otra inmensa fiesta, que solo se hizo posible a partir de la Ascensión: la entrada de Nuestra Señora al Cielo. Entonces, las más altas glorias del Cielo estarían completas, porque con Nuestro Señor y Nuestra Señora allí, todo lo demás es accidental, es novedad de quinta categoría.

¡Fue humillado y glorificado como nadie más!

Teniendo en cuenta esta inmensidad de gloria, se debe intentar medir su valor.

El diablo prometió a Nuestro Señor que le daría todas las cosas si, postrado en tierra, le adoraba. Él lo rechazó. Imagine que Nuestro Señor Jesucristo hubiera sido rey en la tierra durante diez mil años —y el más poderoso, el más feliz, el más dominante de los reyes de la tierra hasta hoy— encontraríamos que eso es una recompensa enorme. Pero sería de poca categoría. ¿Por qué seguir reinando en la Tierra cuando podría subir al Cielo?

La gloria en la tierra que tuvo cualquier criatura no puede compararse con la gloria de Nuestro Señor al subir al Cielo. Fue humillado co-



Flávio Lourenço

Resurrección - Basílica del Salvador, Brescia, Italia

mo nadie, ¡fue glorificado como nadie!

Aquí hay una manifestación de justicia divina. Dios, cuando permite que los buenos sean perseguidos y humillados, tiene en vista un designio muy elevado. ¿Cuál? Que después la recompensa sea mucho mayor que la humillación. Ya sea en la Tierra o en el Cielo, la gloria de la persona humilde brillará de una manera inimaginable.

Nuestro Señor nos da un principio

De manera que, si miráramos a todos los perseguidos por amor a la justicia, a los fieles a Nuestro Señor en la Tierra actualmente y que luchan por Él; todas las almas buenas que hay por el mundo, y por eso son colocadas en una posición secundaria porque son detestadas por las otras, ¡deberíamos mirarlas con admiración!

Tomando, por ejemplo, a cualquier anciana que pueda estar a esta hora en la Santa Casa de la Misericordia, abandonada por su familia porque no le gustan las conversaciones inmorales, y sus parientes, porque les gusta hablar de inmoralidades, la mandan para allá como a un depósito, ella, por la humillación que sufre, será recompensada en el Cielo con una diadema de gloria inimaginable, resplandeciente.

Siempre que consideremos a una persona perseguida o humillada de forma injusta, especialmente si la injusticia es por amor a la Iglesia, deberíamos decir: "¡Qué felicidad! ¡Qué gloria tan prodigiosa y qué corona recibirá en el cielo por toda la eternidad! ¡Qué premio tan fantástico tendrá!" ¿Por qué? Porque es el camino de Nuestro Señor. Él fue humillado hasta donde fue posible; ¡por eso fue glorificado hasta donde fue!



Gabriel K.

Jesús desciende al limbo - Galeria Nacional de Arte, Washington

De esto sacamos un principio adoptado por Nuestro Señor y por el cual Él nos invita a seguirlo: es de tener inmensa gloria en el Cielo –y a veces incluso en la Tierra– mientras le seamos fieles en la adversidad.

No perder la oportunidad de enfrentar la lucha

Este pensamiento es una verdad, primer dato. Luego debe venir la aplicación de la verdad a una situación que nos interesa, segundo dato. Esto requiere una resolución. ¿Cuál? Es la de no evitar una sola oportunidad para presentarnos ante los ojos del mundo con valentía, aunque seamos perseguidos. Si dijeran una inmoralidad en nuestra presencia, protestamos; si atacan a la Iglesia, protestaremos; si hacen propaganda comunista, contraatacaremos. En fin, presentarnos en todos los modos y formas con valentía en nuestra lucha. Seremos combatidos y humillados, pero la gloria que tendremos en el Cielo será enorme. ¿Por qué? Porque fuimos perseguidos por amor a la Causa Católica. Exclusivamente por eso.

Cuando lleguen al Cielo, los buenos encontrarán una verdadera corona de gloria, mientras que habrá una "corona" de oprobio en el infierno para el subversivo que está allá, porque no se arrepintió de su pecado. Son las palabras del *Magnificat*: *"Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes"*: exaltó a los que fueron humillados y a los que estaban llenos de riquezas injustas, de un poder mal adquirido, Dios los dispersó.

Poder mal adquirido... Esto hace pensar en Herodes. Si había un poder mal adquirido, era ese. ¡Cómo quedó menospreciado, vilipendiado ante la glorificación de Nuestro Señor!

Aquí, entonces, hay un método de meditación clásica con una resolución: no perder ninguna ocasión para enfrentar la lucha, recordando a Nuestro Señor, la gloria que la Iglesia tiene en

sus verdaderos hijos y la gloria que está por venir en el Cielo.

Y terminaría con una petición a Nuestra Señora para que dé fecundidad a estos pensamientos, obteniendo las gracias necesarias para que, de hecho, correspondamos a pensamientos tan elevados, y así santificar nuestra alma.

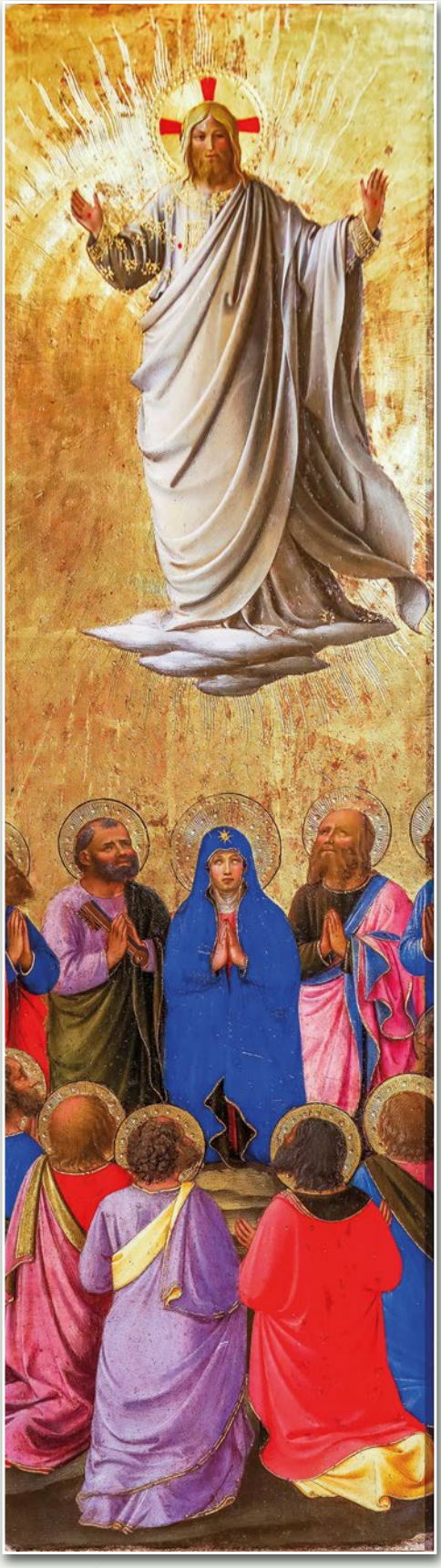
Composición del lugar

Otro tipo de meditación es un complemento, el cual San Ignacio llama la composición del lugar. Para entender bien la base de esto es necesaria una explicación previa, de carácter más o menos teológico de la escena. Y es la siguiente: todo nos lleva a creer –y las visiones de Anna Catalina Emmerich, de María de Agreda así lo dicen– que Nuestro Señor ascendió al Cielo con signos sensibles de su gloria, dejando entusiasta, embelesada, a la gente allí presente.

No se debe creer que Nuestro Señor Jesucristo hubiera querido manifestar su Ascensión sin gloria, que fuera una pura subida, nada más. El Evangelio no nos dice cuáles fueron los signos sensibles, pero debemos imaginarlos majestuosos, grandiosos y edificantes, en la medida en que era deslumbrante, majestuoso y grandioso el propio hecho que estaba ocurriendo.

Ascender al Cielo es algo sumamente majestuoso, altamente grandioso y deslumbrante, porque es Nuestro Señor Jesucristo partiendo hacia la misma fuente de toda bondad. Y a medida que sube, va irradiando bondad por toda la Tierra.

Es posible que, por símbolos externos, Él haya inundado el alma santísima de Nuestra Señora, las almas santas de los Apóstoles, las almas virtuosas de todas las personas allí presentes. Las inundó de gracias y de señales sensibles. ¡Además de salir de su rostro y de toda su Persona, formas indecibles de majestad, grandeza y afabilidad!



Flávio Lourenço

Ascensión - Museo del Palacio Corsini, Italia

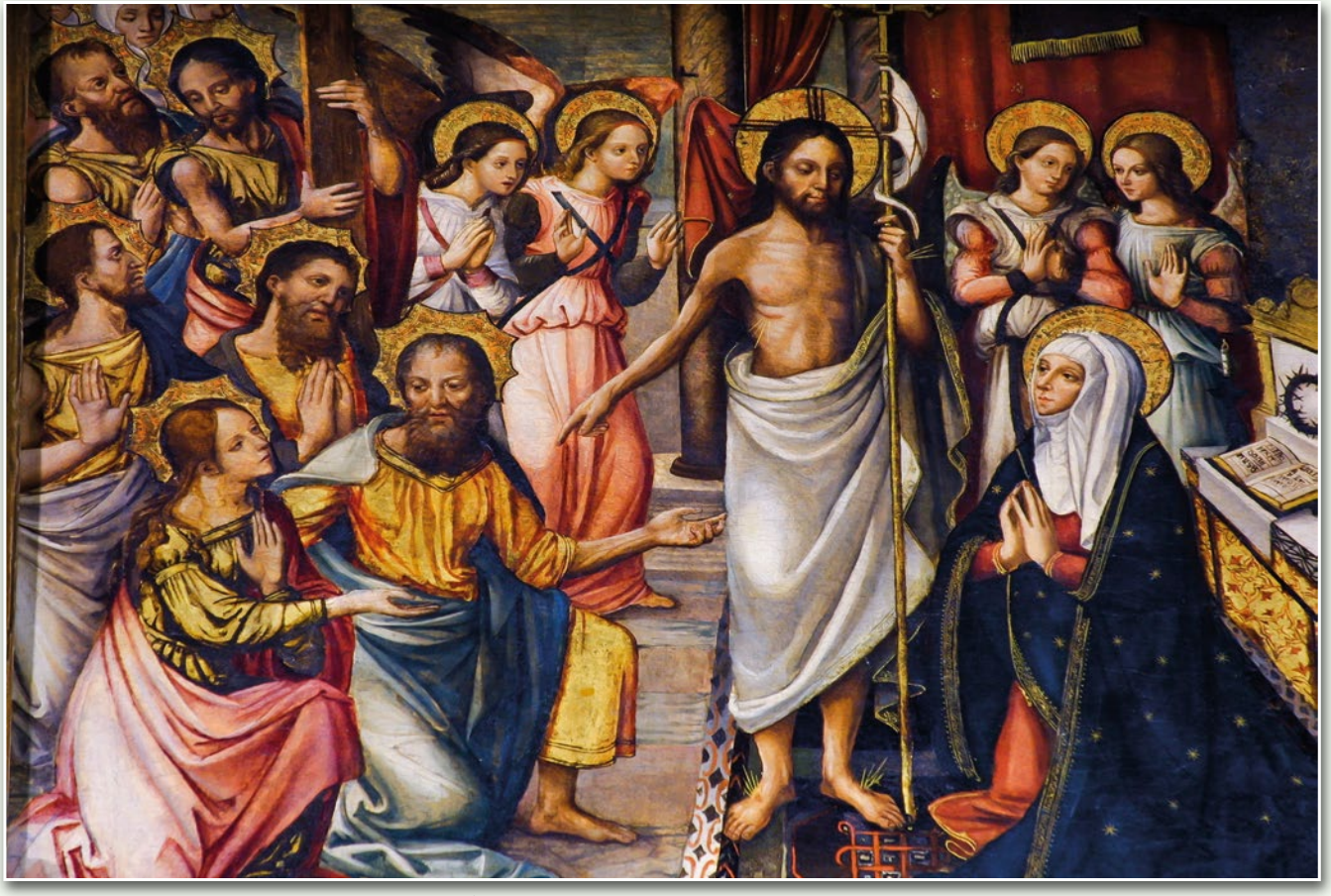
Las miradas de Nuestro Señor

Podemos imaginarlo de muchas maneras. Porque, al no poder reunir todo esto en nuestra mente, podemos considerar por partes los aspectos de esa ocasión. Así se puede pensar en mil expresiones de su fisonomía, todas verdaderas, porque según cada alma que estaba allí, Nuestro Señor Jesucristo aparecía de un modo diferente. Con la misma expresión, le sonreía a uno, acariciaba a otro con otra mirada y hablaba a todos alguna cosa en lo más profundo del alma, siendo el mismo e inmutable para todos.

Saint-Simon[1] nos habla –bajando mucho el nivel, porque en esta materia, cuando se trata de Saint-Simon, es una caída– de una dama de la corte que era capaz de inclinarse ante cinco hombres de rangos muy diferentes y, con su mirada, saludar a cada uno según su respectiva categoría. Si la criatura humana puede hacer algo así, ¡cuánto más Nuestro Señor Jesucristo mirando a una multitud de miles de personas, penetrando con su santísima mirada en cada alma y mirando a cada una individualmente como debía ser vista!

Consideremos a uno de nosotros en la esquina, lejos, contemplando a Nuestro Señor Jesucristo mirando a cada uno, y únicamente atreviéndose a esperar el momento en que Él también nos mire, viendo su mirada a todas esas almas, su mirada hacia Nuestra Señora. Después, cuando su mirada se pose en nosotros, cómo sería esa mirada...

Samuel Holanda



Resurrección de Nuestro Señor - Catedral de Valencia, España

¿Cómo quisiera que Nuestro Señor me mirara? ¡Cuántas miradas me gustaría recibir de Él y cuántas cosas me gustaría que me dijera! ¡Qué parecido será esto a la primera mirada que me dará cuando me reciba en el Cielo y yo aparezca cara a cara ante Él!

Son meditaciones útiles, pero como recomposición, conjeturas. No es una imaginación mentirosa, porque tiene una base en la verdad. Tiene un fruto en la imaginación y una base en la verdad, de manera que puede hacerse con toda autenticidad.

Otros puntos de meditación

Junto a esto, imaginemos que Nuestro Señor permitió que los Ángeles se vieran. Entonces, ¡qué ángeles y cuántos ángeles! Estoy seguro de que toda la gloria de la naturaleza angelical apareció en esa ocasión. ¿Quién sabe si el Cielo fue desgarrado y todos los ángeles quedaron visibles? ¿Quién sabe si detrás de todos los ángeles apareció algo de la luz de Dios? ¿O si los ángeles cantaban y respondían en coro todas las almas que salían del Limbo? ¿Cómo serían estos cánticos? ¡Cánticos de alegría de las almas al entrar, invitaciones de los ángeles explicando a las almas cómo es la grandeza de Dios!

Cuando Nuestro Señor hablaba, ¡qué silencio hacía la gente, todos esos cánticos quedaban superados! Él cantaba los cánticos sagrados de la vida. ¿Quién sabe si cantó algunos cánticos al subir al Cielo? Podemos imaginar cómo sería un cántico entonado por el Hombre-Dios... Quizá cuando cantaba, todos se quedaron callados, porque nadie se sentía a la altura para responder. ¿Y quién sabe si Nuestra Señora respondió sola? ¿Cuánto tiempo duró la Ascensión?

¿Cómo era la naturaleza a su alrededor, el resplandor de la tierra, cómo estaba el cielo? Si en Fátima el cielo emitió tantas luces, ¿cuántas luces habría el sol emanado esa ocasión? ¿Y si las estrellas se hicieron visibles? ¿O si llegaron pajaritos? ¿Quizá los leones vinieron a acompañar la Ascensión del Creador con majestuosos rugidos?

Aunque no hayan venido leones ni pajaritos, y el sol no haya brillado con un brillo especial, esas formas de gloria de algún modo estaban allí presentes. De manera que el producto de nuestra imaginación tiene una base en la verdad. Por lo tanto, dependiendo del día, podemos meditar quince, veinte ascensiones diferentes. Todas verdaderas de alguna manera, llenando nuestra alma y preparándola con el deseo de ir al Cielo.

Antecedentes de la ascensión

También tenemos para comentar una ficha sobre la Ascensión de Nuestro Señor, tomada de la obra *Vida Divina de la Santísima Virgen María*, de la Venerable María de Agreda.

Por fin llegó la hora en que debía coronar su vida con la Ascensión. Salió del Cenáculo con ciento veinte privilegiados que estaban allí. Su madre estaba a su lado y Él los condujo por las calles de Jerusalén. Los santos que había sacado del Limbo les seguían, cantando con los ángeles cánticos nuevos. Pero no eran visibles, salvo para Nuestra Señora. Debido a su infidelidad, los judíos no se dieron cuenta de esta magnífica procesión. Ella pasó por Betania y llegó en poco tiempo al Monte de los Olivos.

Hay otro aspecto aquí: ¡cuántas cosas pasan así en una gran ciudad moderna! Las maravillas suceden y esta ciudad no se da cuenta por causa de su infidelidad. Cuantas veces la ciudad cierra los ojos. Por ejemplo, hay algo en nuestro movimiento, aquí o en cualquier otro lugar donde existimos: el mundo cierra los ojos, porque la impiedad no nos permite ver las cosas tal como son.

En el Monte de los Olivos, la santa procesión se divide en tres coros formados por los Ángeles, los Santos y los fieles.

Estos son los coros sobre los que acabamos de comentar. Esto es un coro: todos los Ángeles, luego las almas santas y los fieles.

En el momento de la Ascensión

La Santísima Virgen se postró a los pies de Nuestro Señor, lo adoró y le pidió su última bendición. Todos los demás le rindieron el mismo homenaje. Tras esas palabras, juntó sus manos con un aire majestuoso y comenzó a elevarse de la tierra, dejando allí la huella de sus pies sagrados. Subió insensiblemente, cautivando los ojos y corazones de los hijos primogénitos de la Iglesia, y atrajo tras de sí a los Ángeles y Santos que lo acompañaban, de modo que también ellos se elevaban en el más bello orden siguiendo a su Cabeza.

Nuestro Señor Jesucristo ascendía seguido de una magnífica procesión de todas las almas que había rescatado hasta ese momento con su Sangre infinitamente preciosa, almas que habían correspondido a este rescate.

La glorificación

¿Habría sido completo el triunfo de Jesucristo si hubiera habido un vacío lamentable, si su Santísima Madre hubiera estado ausente?

¿Era posible que Ella fuese excluida, mientras que los Ángeles y los Santos, de los cuales era Reina, disfrutaran de este espectáculo? Y finalmente, ¿no merecía Ella, más que nadie, participar en esta escena, Ella que había participado tan perfectamente en la Pasión?

Por todas estas razones, el Divino Hijo triunfante le había prometido a Ella, tras la Resurrección, llevarla con Él, y cumplió su promesa de manera admirable. Hizo subir con Él a su Bienaventurada Madre, la colocó a su derecha en el Cielo y la revistió con el esplendor de su gloria, tal como había anunciado, como David había anunciado en el Salmo.

La Persona del Padre venía así al encuentro de su Hijo encarnado y de su digna Madre. Al acercarse, los recibió en un abrazo digno de su amor infinito. Y este espectáculo trajo una nueva alegría a las incontables legiones de ángeles que los acompañaban. Esta asamblea incomparable pronto alcanzó las alturas del Cielo Empíreo. Al entrar, los ángeles de la procesión dijeron a los que habían permanecido



Flávio Lourenço

Aparición de Cristo Resucitado a la Santísima Virgen
Museo Diocesano, Palma de Mallorca, España

en el cielo: "Abrid, oh puertas eternas, para dejar entrar al Rey de la gloria, el Restaurador de la humanidad."

Había dos coros de ángeles, unos que descendieron a la Tierra, otros que permanecieron en el Cielo. Estuvieron los que acompañan a Nuestro Señor. ¡Asciende Cristo con una gloria única!

Nuestra Señora en la Ascensión

Para aumentar al máximo nuestra alegría, trae a su lado a su Madre de bondad, que le dio forma humana y que está adornada con tal gracia y belleza que encanta a todas las miradas.

Esta procesión completamente nueva entró en el Cielo Empíreo en medio de transportes de una alegría que supera todo lo que se pueda imaginar. Los Ángeles y los Santos se agruparon en dos filas. Nuestro Señor y su Santísima Madre pasaron en medio de ellos y todos entonando cánticos, le rindieron culto de adoración y a Ella el homenaje debido a su alta dignidad.

El Padre Eterno puso a su derecha al Verbo Encarnado, que apareció en un trono de Divinidad, con tal gloria y majestad que inspiró temor respetuoso a todos los habitantes del Cielo. Luego, en cumplimiento de un decreto de la Santísima Trinidad comunicado a la corte celestial, la Santísima Virgen fue colocada en el mismo trono de la Divinidad, a la derecha de su Hijo.

Se le dio la seguridad de que este lugar estaría destinado para Ella después de su muerte, pero que era libre de no abandonar más este excelso lugar. Al mismo tiempo, el Altísimo descubrió las necesidades de la Iglesia militante en la Tierra, para darle la oportunidad de realizar un acto sublime de caridad hacia los hombres y aumentar sus méritos, ya tan grandes.

Un acto muy singular de negación de sí mismo

Se postró [la Virgen] ante las Tres Personas Divinas y dijo:

"Dios mío, si me quedo cerca de Vos, estaré en la calma y en la alegría. Pero si regreso a la Tierra, mi labor se redundará en gloria vuestra y en beneficio de los hombres como lo deseéis. Por eso he elegido el trabajo, pidiéndoos que me ayudes en la tarea que me has encomendado."

Termina con esta glorificación de Nuestra Señora, mediante un acto de renuncia, con algo similar al acto que Ella hizo en lo alto de la Cruz. Allí volvió a aceptar la inmolación de su Hijo Divino para la gloria de Dios y la salvación de las almas. Y aceptó, además del dolor de la muerte, el dolor de la separación. Aquí, Ella acepta de nuevo el dolor de la separación. Estaba con su Hijo Divino, pero se separó y regresó a la Tierra. Y está claro que fue una ocasión de gran sufrimiento para Ella.

Podemos imaginar, qué cosa baja, después de haber asistido a tal fiesta, descender a Jerusalén, con esos fariseos, saduceos, todos deicidas, pasando de un lado a otro... El Templo profanado, toda esa desolación y la lucha interna de la Iglesia, que siempre ha tenido problemas internos que superar y dificultades internas muy dolorosas que resolver, y las tendrá hasta el fin del mundo... Bueno, Nuestra Señora prefirió esto por el bien de las almas y regresó a la Tierra.

Así, con este acto de singularísima abnegación, termina el comentario sobre la Fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo. ❖

(Extracto de conferencias del 3 y 7 de mayo de 1970)



Flávio Lourenço

Ascensión - Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona

1) Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (*1760 - †1825).

El mensaje de Fátima y el triunfo de la Contra-Revolución



Angelo Cordeiro

¿Habrá un milagro capaz de detener el proceso revolucionario que, desde tiempos remotos, viene convulsionando al mundo? ¿La Contra Revolución vencerá? Deberá haber un gran entrechoque cuyo resultado será la derrota de la Revolución y la victoria del Reino de María.



Arquivo Revista

El Dr. Plinio en julio de 1971

Debo tratar del tema de la irreversibilidad de la Contra Revolución. Es un tema complejo y amplio y que me obliga a ser muy denso en mi exposición, dejando de lado cualquier floritura oratoria o literaria, para tratar exclusiva y directamente de la materia.

Esclareciendo conceptos: reversibilidad e irreversibilidad

Para poder tratar bien el tema, debemos dividirlo. La primera parte es el concepto de irreversibilidad, a partir del cual comprenderemos la importancia de esta conferencia.

Reversible es aquello que puede volver atrás, como la marcha de un automóvil. Es decir, el vehículo se pone en marcha en una determinada dirección, pero puede, en cualquier momento, hacer el camino inverso.

Irreversible es aquello que, una vez puesto en marcha, no tiene posibilidad de revertirse. Puede ser destruido, liquidado, pero no puede volver atrás.

Una vez entendido este concepto, paso a la tesis: hoy en día, la Revolución es irreversible, de donde se deduce que la Contra Revolución también lo sea.

La Revolución se encuentra en un apogeo en el que, necesariamente, tiene que llegar a sus últimas violencias y a sus últimos excesos; por otro lado, y por eso mismo, camina hacia su destrucción y, en consecuencia, y

victoria de la Contra Revolución es irreversible. Este es, en esencia, el pensamiento que voy a desarrollar.

Una vez enunciada la tesis, le doy la importancia y el alcance que tiene para nosotros.

Vemos que hoy en día, existe una enorme desproporción entre las fuerzas de la Revolución y las de la Contra Revolución. La Revolución se nos presenta como un poder mundial, abrumador, en comparación con el cual las fuerzas de la Contra-Revolución se muestran muy inferiores, humanamente hablando. De ahí deriva una pregunta para nosotros: ¿Cuál es el sentido de nuestra lucha? Dada esta enorme desproporción de fuerzas, ¿podremos vencer?

Es un problema que a menudo, de forma consciente o subconsciente, aflorará en nuestro espíritu, y esta conferencia es fundamental para resolverlo, porque mostrará qué motivos racionales hay para que nosotros, como católicos, tengamos la certeza de nuestra victoria.

La procesividad de la Revolución

Paso a la tercera parte de la conferencia, en la que demostraré la irreversibilidad de la Revolución y, a continuación, en la cuarta parte, la irreversibilidad de la Contra Revolución.

No es posible comprender la irreversibilidad de la Revolución si no sabemos lo que es un proceso, ya que es procesual.

Observamos en la naturaleza que las causas, sean cuales sean, son de diversos tipos. Algunas producen un solo efecto y luego mueren. Por ejemplo, si alguien enciende un cohete, ve salir de él una llama que se pierde en el aire y se desvanece. Esa causa produjo un efecto, murió al producirlo, y el mismo efecto se extinguió poco después.

La causa puede producir varios efectos simultáneos, como un fuego artificial que lanza cinco, diez, veinte llamas fugaces al aire, y que se apagan enseguida. Esto no es un proceso. Entonces, ¿a qué llamamos proceso?

El proceso es el conjunto de operaciones o hechos desencadenados por una sucesión de causas y efectos; es una causa cuyo efecto se convierte en causa de otros, en una cadena continua.

Dos tipos de procesos: descenso o ascenso

Hay dos tipos de procesos. Uno es aquel en el que la causa produce efectos en descenso, los cuales tienden a extinguirse. Un ejemplo común es el juego del billar, el billar norteamericano. Sobre la mesa hay varias bolas y en las esquinas las troneras. Una persona golpea una bola con el taco; esta mueve otra, que mueve una segunda, que mueve una tercera. El impulso recibido por la última bola es mucho más débil que el inicial, porque la energía se va agotando a medida que pasa de una bola a otra, hasta extinguirse. Es un proceso, pero en descenso.

Ahora bien, hay procesos, por el contrario, que se producen en ascenso y son frecuentes en lo que respecta al alma humana, no en el orden físico, sino en el moral.

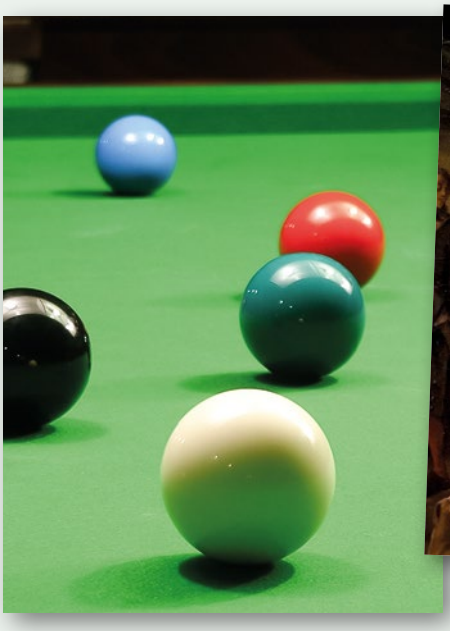
Consideremos a una persona que tiene una inclinación natural, por ejemplo, hereditaria, a emborracharse. Toma una primera copa, que despierta en ella todo su atavismo.

Error. El efecto de la primera copa es que ella quiera tomar una segunda, la que le dará un deseo mucho mayor de emborracharse; y así, cada copa sucesiva aumentará su vicio, lo que dará como resultado un proceso ascendente, cuya causa se alimenta de sus propios efectos.

Se dice que ciertos asesinos nunca antes habían pensado en matar;



Gabriel K.



Florian Albrecht (CC3.0)



Gabriel K.

Almuerzo en el parque – Museo de Bellas Artes de Boston

en un momento dado, matan por primera vez y se quedan electrizados con esa idea de la muerte. Cada vez que cometen un homicidio, quieren matar más y el proceso de corrupción moral va en aumento.

Con todos los vicios y defectos morales sucede así: el proceso es ascendente. Es evidente que el hombre puede detenerlo, de lo contrario, llegará al delirio, a la locura. Pero esta es la marcha del vicio. Ahora bien, este proceso ascendente aún no es irreversible.

La marcha viciosa de la Revolución rumbo al auge de la maldad

Ante este inmenso proceso de la Revolución, vicioso, ascendente y galopante, nos preguntamos: ¿Por qué es irreversible? ¿Por qué no se puede evitar que la Revolución llegue a sus últimos horrores? Está orientada hacia los horrores y ya no volverá atrás.

Consideremos este principio en el alma de un individuo y, luego, en la psicología de un pueblo. Cuando un individuo se enreda demasiado, por ejemplo, en las drogas, cuando ese vicio está casi en su última fase, en el punto de producir en él los peores horrores, salvo una gracia excepcionalísima de Dios, ese vicio ya no es vencible, individualmente hablando. El individuo llegará a la degeneración final.

Lo mismo ocurre con una persona que tiene la costumbre de jugar. Los bancos no prestan dinero a personas con este mal hábito e incluso tienen un sistema de control sobre aquellos que les piden dinero; si son jugadores, les niegan el crédito. Un banquero podría incluso pensar: "No, pero ¿quién sabe si deja ese vicio?". Pone en duda el "quién sabe", ¿no es cierto? Porque el proceso normal es que no lo deje y que el vicio vaya creciendo y se hunda por completo. Ese es el dinamismo propio del vicio cuando llega a su último extremo.

La Revolución es un proceso de vicios que, como está dicho en el libro R-CR, resulta, sobre todo, de la exacerbación de la sensualidad y del orgullo, que avanzan a galope y llevan fácilmente al delirio, cada uno a su manera.

Estos vicios de los que resulta la Revolución se volvieron tan profundos y tan generales, que está comprometida hasta tal punto, que, salvo un milagro, solo puede llegar a su propio auge. No hay otro camino posible.

La irreversibilidad del proceso revolucionario en la actualidad

Hago una descripción de la coyuntura contemporánea que demuestra que la Revolución se encuentra en esta situación, utilizando la distinción entre las dos formas de subversión: la clásica, que se realiza a través del progresismo, la democracia cristiana, el socialismo y el comunismo; y la neosubversión *hippie*-contestataria.

La subversión comunista, en este momento, se lleva a cabo en virtud de dos órdenes de hechos. Uno es el extraordinario poder con el que el comunismo se manifiesta cada vez más, avanzando por todas partes. Por otro lado, este avance comunista se ve agravado por la falta de una reacción contraria. Las dos mayores potencias anticomunistas del mundo, cada una en su propia esfera, eran hasta hace poco: en la esfera temporal, los Estados Unidos; en la esfera espiritual, la Iglesia.

Los Estados Unidos no solo abandonan el liderazgo de la lucha anticomunista, sino que son infiltrados. Es un hecho notorio, no admite la menor discusión, los propios estadounidenses lo afirman.

Lamentablemente, con sangre brotando de nuestro corazón de catól-


Vicente Torres

La Revolución – Museo de Política e Historia de Rusia, San Petersburgo

licos, debemos reconocer que la Iglesia está abandonando el liderazgo espiritual de la lucha anticomunista. Es evidente... El liderazgo anticomunista se ha transformado en una colaboración con el comunismo. En líneas muy rápidas, esa es la marcha ascendente de la subversión clásica.

La subversión contestataria *hippie* no existe bajo la forma de partido o asociación definida; es una especie de lepra o erisipela que va cubriendo todo el cuerpo de la sociedad contemporánea.

El hipismo no consiste solamente en el hecho de que algunos jóvenes se entreguen a la vida *hippie*, sino en que innumerables jóvenes, que no viven la vida *hippie*, adquieren hábitos y mentalidad *hippies*. Es una realidad universal, no sirve de nada querer cerrar los ojos: comienza en un lugar y se extiende por todas partes, como más o menos ya está sucediendo.

El resultado es que el mundo occidental está minado por este proceso, por dos agresiones: una externa, del mundo oriental hacia aquí, y otra —nuestra enfermedad interna— que es la agresión contestataria.

Ahora bien, cuando las cosas llegan a este extremo, no hay razón para esperar que, del orden natural de las cosas, surja una fuerza capaz de contenerlo. ¿Cuál es el fin? Es el comunismo, de una forma u otra, ya sea por la victoria de los rusos o por la degeneración interna. No hay escapatoria.

La propia Revolución ya es un castigo

Ahora voy a plantear una objeción contra mi argumento. Estoy demostrando que la Revolución es irreversible y que, humanamente hablando, nada más la detiene. Pero podríamos preguntarnos: si los medios naturales ya no pueden detener el avance de la Revolución, ¿puede ser detenida por un milagro? Si el milagro es un hecho sobrenatural, que solo puede ser determinado por razones sobrenaturales, ¿hay razones para esperarlo?

Respondo: ¡no las hay! Por dos motivos muy claros.

El primero es que Nuestra Señora declaró en Fátima que, si los hombres no se convertían de su inmoralidad y su impiedad, el comunismo se extendería por todo el mundo. Esto daría origen a una gran persecución, durante la cual el Papa tendría mucho que sufrir. Esto está textual en todas las versiones de las revelaciones de Fátima.

Ahora bien, estas revelaciones fueron hechas en 1917, poco antes del final de la Primera Guerra Mundial. Comparen la inmoralidad de aquella época con la de hoy. ¡Es un abismo! En cuanto a la vestimenta, las costumbres, todo, la decadencia que se produjo fue simplemente prodigiosa. Comparen el estado de la religión en aquella época con el progreso del ateísmo en nuestros días. También es un prodigio. Entonces, ha de venir el castigo, porque Nuestra Señora puso una condición: penitencia o castigo. No hubo penitencia, hubo agravamiento del pecado; por lo tanto, vendrá el castigo. No puede

ser más claro. Así, ya está anunciado que no habrá milagro.

Hay otra razón también, y es teológica, muy profunda. Santo Tomás, San Agustín, los grandes Doctores de la Iglesia dicen lo siguiente: muchas veces los hombres malos, los pecadores, son felices en la Tierra, pero luego son castigados en el Infierno. Por el contrario, cuántas veces ocurre que los hombres virtuosos son infelices en la Tierra y premiados en el Cielo. Todos lo sabemos. Pero, dicen que, con los pueblos, las naciones, los países, no sucederá lo mismo que con los individuos. Y la razón es muy interesante.

En el cielo habrá españoles, portugueses, uruguayos, argentinos, colombianos, brasileños, en fin, de todas partes. Pero no habrá un Brasil, ni un Portugal, ni una España, ni una Argentina, ni un Uruguay, ni una Colombia. ¿Por qué? Porque los países son instituciones terrenales, que deben ser premiadas o castigadas en la Tierra, por el bien o el mal que hacen en ella. De ahí que esa montaña de pecados cometidos tenga que ser castigada. ¿Cuál es el castigo? Es la propia Revolución, el caos, la explosión hacia la que se dirige.

La Revolución ya está a punto de alcanzar su dominio definitivo sobre el mundo. Por lo tanto, caminamos hacia una explosión, porque es un proceso irreversible.

Podemos preguntarnos: ¿por qué la Contra Revolución también es irreversible? Hasta ahora parece que está aplastada.

La promesa de la Reina de los Cielos afirma la irreversibilidad del bien

Hay un principio histórico que debemos considerar, y es el siguiente: a lo largo de la Historia, muchos pueblos fueron destruidos porque llevaron el pecado a un punto intolerable para la gloria de Dios. Dos ejemplos famosos son el Diluvio y la dispersión de los pueblos en la Torre de Babel.

Vemos también muchos otros pueblos, como el Imperio Romano de Occidente y el Imperio Romano de Oriente. Cuando el pecado alcanza un cierto auge, la cólera de Dios interviene y castiga. Así es el curso de los acontecimientos. Por lo tanto, Dios no permitirá que el mundo permanezca establemente en un régimen comunista y contestatario, mucho peor que Sodoma y Gomorra, peor que todo.

Si es cierto que Dios no permitirá eso, una de dos: o llega el fin del mundo o deberá llegar una era en la que ya no haya todo ese lado malo. De ahí no hay escapatoria.

¿Llegará el fin del mundo? Hay varias razones para pensar que no. Solo daré dos: la primera es lo que Nuestra Señora anunció en Fátima: "Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará". Luego, en este contexto, es seguro que el mundo continuará con el Inmaculado Corazón de Ella triunfando.

Ella podría haber utilizado la siguiente expresión: "Mi Inmaculado Corazón vencerá". Ella dice "triunfará", lo que transmite una diferencia de matiz muy acentuada. Un triunfo es una victoria insigne y muy grande; Ella anuncia una victoria con gloria, en la que se convertirá en la Señora de la situación. Por lo tanto, vendrá su Reino,porque no se comprende que Ella venza sin ser Reina.

Quien sabe analizar el mensaje de Fátima ve que en él se afirma la vic-



Flávio Lourenço



Flávio Lourenço

Arriba, La Torre de Babel – Museo de San Pedro, Salzburgo, Austria
Abajo, Embarque en el Arca de Noé – Iglesia de San Mauricio, Milán


Flávio Lourenço

Robo en una iglesia, en 1793 – Museo de la Revolución Francesa, en el Castillo de Vizille, Francia

toria del comunismo, su generalización y su derrota, y se pronostica el Reino de María.

Ante la efímera victoria del mal y el triunfo del Inmaculado Corazón de María

En segundo lugar, hay una regla de sabiduría natural que está en esta línea. Tomen un hombre, por ejemplo, al que mató a Santa María Goretti, niña italiana de 11 años. Se sabe que, después del crimen, se convirtió e hizo lo único que le correspondía hacer: al salir de la cárcel, se hizo fraile. Porque las grandes conversiones llevan a la santidad y no a la mediocridad.

Si el mundo no debe acabar, la parte de la humanidad que quede después del castigo tendrá que convertirse; esa conversión solo puede ser muy radical. Por lo tanto, la maldad debe ser sustituida por una gran virtud, y este es un motivo más que afirma la llegada del Reino de María y no el fin del mundo.

Hay aún otra razón para que juzguemos que el mundo no acabará y que, por el contrario, dará lugar a una gran conversión: en el mundo actual, la maldad proviene sobre todo de las élites podridas. Hay muchos que se dejan arrastrar y adhieren a la Revolución por cierta debilidad. Es evidente que, en atención a ellos, no venga el fin del mundo, ya que, si no son tan culpables, es comprensible que no sean exterminados. Es natural: donde menor es el pecado, menor ha de ser el castigo.

Así, hemos demostrado, por un lado, la victoria del comunismo y, por otro, la victoria de Nuestra Señora. Pero, entre una y otra, ¿qué quedará? Hay una especie de contradicción en lo que digo. Porque, por un lado, digo que tiene que venir un gran castigo y, luego, digo que la humanidad continuará. Entonces, ¿cómo será ese castigo? ¿Quién será castigado?

Muchos tienen que ser exterminados. Y el mensaje de Fátima dice esto: "Varias naciones serán aniquiladas...[1]" Probablemente, los incorregibles serán eliminados. ¿Cómo será esto? Es posible que haya una guerra; que venga por el medio algún castigo misterioso y que no sea solo una guerra; tal vez se mezclará con ella y va a llevarse a los incorregibles para eliminarlos. Si naciones enteras tienen que ser exterminadas, habrá una guerra o habrá un castigo misterioso que las extirpará. Una epidemia terrible, algo que no sabemos qué será.

¿Cuáles son las naciones que serán exterminadas? Las más pecadoras, evidentemente. Y si ellas serán exterminadas, en otras naciones solo los mayores pecadores serán exterminados, porque va a ser la caza del pecado.

¿Qué quedará? Lo que sea más limpio, más blanco, más luminoso. O, al menos, menos hediondo, menos sucio, menos oscuro. Tenemos, entonces, el gran caos, el gran entrechoque que hará la transición entre la derrota de la Revolución y la victoria del Reino de María.

Una demostración irrefutable para las almas con fe

Mi demostración está concluida, solo la resumo.

Demostré que la Revolución es irreversible y, por ser irreversible, o el mundo se acaba —y no va a acabar— o la Contra Revolución triunfa y domina el mundo, y esto es forzoso. ¿De qué manera la Contra-Revolución domina? Por la intervención de un gran castigo que liquida el poder de los malos y por la lucha


Arquivo Revista

El Dr. Plinio en julio de 1971

de los buenos que vencen en nombre de María.

Por lo tanto, queda pronosticado que un puñado de buenos luchará incluso en las peores ocasiones y levantará el estandarte de Nuestra Señora durante la batalla. Y estos, que, por ahora, numéricamente son muy pocos en comparación con la inmensa masa de la Revolución, tienen de su lado el curso de los acontecimientos, porque el mal camina inevitablemente hacia su propia muerte y aniquilación; él se destruye a sí mismo.

Es como una enfermedad. Cuando tiene libre curso en un organismo, mata al enfermo. Ahora bien, al matarlo, ella misma muere. El cáncer mata al canceroso, pero su muerte es la muerte del propio cáncer. Así es el mal: en su evolución se destruye a sí mismo. Y entonces, los únicos que quedan serán aquellos que hubiesen sido fieles. Un número pequeño, insignificante, que sigue luchando valiente e imperturbablemente.

En la lucha diaria, tal vez nos preguntemos varias veces sobre estas cuestiones, sobre todo a medida que la Revolución vaya creciendo y pareciendo incontenible. Me gustaría que esta conferencia fuese una demostración sin literatura, sin florituras, pero irrefutable para el hombre que tenga fe.

La recompensa del luchador de María

Se nos ha concedido el hermoso papel de ser bendecidos por Nuestra Señora, elegidos entre millones, aquellos que ahora no ceden ni transigen en nada, no retroceden ante ninguna lucha, no temen ningún sacrificio y quieren tener todas las dedicaciones y todos los heroísmos. Aquellos que están dispuestos a ser cada vez más dedicados, a medida que la lucha se vuelva más feroz.

Aquellos para quienes será un premio inconmensurable atravesar los



Angelo Ovelha

acontecimientos y encontrar al otro lado el Reino de María. Nuestra Señora, sonriendo, nos dirá aquellas palabras de Dios a Abraham: "Yo mismo seré vuestra recompensa, demasiadamente grande" *(cf. Gen 15,1)*.

Nuestra lucha es difícil, ardua, terrible, pero Ella ha de ser nuestra recompensa demasiadamente grande. ¿La única recompensa? ¡No! Aquellos que lo abandonan todo por amor a Ella, ya reciben el ciento por uno en esta vida, en el acto de la renuncia. Trabajamos, luchamos, mientras otros se divierten. Somos perseguidos, atacados, contestados por un mundo en desagregación que no nos comprende, porque no quiere comprendernos. Pero llevamos con nosotros, desde ya, un premio que vale más que todos los demás: la paz de conciencia, la tranquilidad de la verdad conocida, de la causa justa adoptada, de la vida entregada a su verdadera finalidad y que sigue su camino.

Que Nuestra Señora nos mantenga en la lucha contra sus enemigos, con esa paz interior del alma, esperando el Reino de Ella. ❖

(Extraído de conferencia del 14/7/1971)

---

1) HERMANA LÚCIA. Memorias I. Cuarta Memoria, c.II, n.5. 13.ª ed. Fátima: Secretariado dos Pastorinhos, 2007, p.177.

Santoral

1. San José Obrero.

Siete santos varones apostólicos, obispos. Según la tradición, los siete varones apostólicos fueron discípulos del Apóstol Santiago el Mayor, enviados por San Pedro y San Pablo a evangelizar la Hispania (Península Ibérica), donde cada uno fue obispo de una sede. Ellos son: Torcuato, obispo de Guadix; Tesifonte, en Berja; Segundo en Ávila; Indalecio en Almería; Cecílio en Elvira (Granada); Hesíquio, en Carcesa y Eufrasio, en Andújar.

2. San Atanasio, obispo y Doctor de la Iglesia (+373).

Beato Guillermo Tirry, presbítero y mártir (+1654). De la orden de San Agustín. Por permanecer fiel a la Iglesia Católica, con sede del Papa en Roma, fue llevado al martirio durante el gobierno de Oliver Cronwel, en Clonmel, Irlanda.

3. V Domingo de Pascua

San Ansfrido, obispo (+1008). De familia noble, escogió primeramente la carrera militar y después, lo ordenaron clérigo.

4. Santos Felipe y Santiago el Menor, Apóstoles (+ s. I)

Beato Ladislau de Gielniow, presbítero (+1505). Religioso franciscano fallecido en Varsovia, predicó con celo de alma la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y compuso piadosos himnos en su honor.

5. San Mauronto, abad y diácono (+702). Discípulo de San Amando.

6. Beatos Enrique Kaczorowski y Casimiro Gostynski, presbíteros y mártires (+1942). Durante la ocupación militar fueron deportados de Polonia, y llevados al campo de concentración de Dachau, Alemania, donde fueron asesinados en las cámaras de gas.

7. San Cenerico, diácono y monje (+s. VII). Después de visitar los sepulcros de San Martin de Tours y San Julián de Le Mans, abrazó un estilo de vida de soledad y austeridad.

Santa Rosa Venerini, religiosa (+1728). Fundadora de la congregación religiosa de las Maestras Pías de Venerini, en la diócesis de Viterbo, Italia, para la instrucción de la juventud femenina.

8. San Acácio, soldado y mártir (+303). Militar romano, natural de Capadocia, decapitado en Bizancio durante la persecución de Diocleciano. Constantino el Grande, construyó una iglesia en su honor.

9. Beato Forte Gabrielli, eremita (+1040). Proveniente de Gubbio, comuna italiana. Después de vivir muchos años de vida eremítica, ingresó en el monasterio camaldulense de Fuente Avellana, en Umbría, y en esa comunidad fue contemporáneo de San Pedro Damián.

10. VI Domingo de Pascua

San Juan de Ávila, presbítero y Doctor de la Iglesia (+1569).

Beata Beatriz II de Este, virgen (+1226). Fundadora del monasterio de Gémola en las colinas Euganeas y, en el breve tiempo de su vida monástica, recorrió un arduo camino de santidad.

11. Beatos Juan Rochester y Jaime Walwort, presbíteros y mártires (+1537). Monjes de la Cartuja de Londres. Durante el reinado de Enrique VIII, por perseverar fieles a la Iglesia , fueron encadenados y suspendidos en el aire, sujetos a las almenas de la ciudad de York, hasta su muerte.

12. Beata Juana de Portugal, virgen (+1490). Hija del rey Alfonso V, renunció a la vida matrimonial e ingresa como postulante a la Orden de Predicadores, es recibida, llevando una vida de servicio a Dios y piedad extraordinaria. Finalmente fallece en el monasterio dominico de Aveiro, Portugal.

13. Nuestra Señora de Fátima (1917).



Flávio Lourenço

Beata Juana de Portugal

Beata Magdalena Albríci, abadesa (+1834). Siendo muy joven profesó votos en la Orden Agustiniana en Brunate, en la provincia de Como; reconocida por sus virtudes, la eligen abadesa, cargo este en el cual estimuló eminentemente el fervor de las hermanas religiosas.

14. San Matías, Apóstol (+s. I).

San Galo, obispo (+551). Varón humilde y pacífico, tío paterno de San Gregorio de Tours.

15. San Aquileo, obispo (+s. IV). Denominado “el Taumaturgo”, hizo parte del primer Concilio Ecuménico de Nicea y, animado por un gran celo apostólico, evangelizó varios pueblos paganos.

16. Beato Vital Vladimiro Bajrak, presbítero y mártir (+1946). Nacido en Ternopil, Ucrania, teniendo quince años de edad, entra a la Orden Basiliana de San Josafat. Al implantarse el régimen soviético, escribe un artículo denunciando la persecución religiosa,, por lo cual lo detienen y es llevado a un campo de concentración, lugar donde

mantiene el combate por la fe y alcanza finalmente el fruto de la vida eterna.

17. Ascensión del Señor

San Adriano, mártir (+c. siglo IV). Su lugar de martirio fue en Alejandría, Egipto

Beatos Joaquín Mine Sukedayu, Pablo Nishida Kyuhachi y compañeros, mártires (+1627). En Unzen, Japón.

18. San Juan I, Papa y mártir (+526). Enviado por el rey arriano Teodorico al emperador Justino de Constantinopla, fue el primer Pontífice Romano que celebró el sacrificio pascual en aquella iglesia; en el regreso de Constantinopla, fue recibido de forma indigna por el mismo Teodorico que lo mando a la cárcel. Murió en Ravena, en la Emilia-Romana, como víctima de Cristo Señor.

19. Santa María Bernarda Büttler, religiosa y misionera (+1924). Fundadora del Instituto Hermanas Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora. Gran apostolado en Ecuador y Colombia, que después se expandiría a varios países.

20. San Bernardino de Sena, presbítero (+1444).

Beata Josefa (Hendrina Stenmanns), virgen (+1903). Cofundadora de la Congregación de las Hermanas Misioneras Siervas del Espíritu Santo, en Steyl, Holanda.

21. San Cristóbal Magallanes, presbítero, **y compañeros,** mártires (+1927). Ofrendaron su vida a Cristo en México, acusados falsamente de conjurar contra el gobierno.

Beatos Manuel Gómez González, presbítero, **y Adílio Da Ronch,** mártires (+1924). Sacerdote español y párroco de Soledad y Nonoai, municipios de Rio Grande do Sul (Brasil). Mientras visitaba varias capillas de la región junto a su monaguillo, revolucionarios armados los asesinaron en la localidad de Feijão Miúdo.

22. Santa Rita de Casia, religiosa (+1457).

Santa Julia, virgen y mártir (datos incompletos). Venerada en la isla de Córcega, como su patrona.

23. San Esperanza (o Exuperancio), abad (+c. 1517). Religioso del convento de Campi, en la Italia central, contrajo ceguera en su juventud, infortunio que soportó con paciencia y mansedumbre. Ejerció el cargo de abad con santidad.

24. Pentecostés.

Nuestra Señora Auxiliadora de los Cristianos (1816).

Beata Juana, (+s. I). Esposa de Cusa, procurador de Herodes. Ella, junto a otras mujeres, servían a Jesús y los Apóstoles; el día de la Resurrección del Señor, era una de las que estaban junto a la piedra del sepulcro ya removida y anunciaron a los discípulos lo que habían visto.

25. Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia

San Dionisio Ssebuggwawo, mártir (+1886). A los dieciséis años de edad, por haber instruido a dos pajes de la corte en los rudimentos religiosos cristianos, su propio padre, el rey Mwanga, lo mandó degollar en Uganda, África.



Flávio Lourenço

San Acacio

26. San Felipe Neri, presbítero (+1595).

27. San Agustín de Canterbury, obispo (+604/605). Monje benedictino y primer arzobispo de Canterbury, considerado el apóstol de Inglaterra.

San Restituto, mártir (+c. siglo IV).

28. Nuestro Señor Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote.

Santa Helicónides, mártir (+s. III). En tiempos del emperador Gordiano, bajo la jurisdicción del gobernador Perenio y de su sucesor Justino, después de soportar muchos tormentos, consumó su martirio siendo decapitada.

Beato Herculano de Piegaro, presbítero (+1451). De la Orden Franciscana, eximio predicador, resplandeciente por la austeridad de vida, reputado como taumaturgo.

29. Beato José Gerard, presbítero (+1914). Misionero de los Oblatos de María Inmaculada, predicó el Evangelio incansablemente en las regiones de África Austral.

30. Santa Juana de Arco, virgen (+1431). Conocida como la "Doncella de Orleans", fue una mística, heroína y mártir francesa.

31. Santísima Trinidad

Visitación de Nuestra Señora a Isabel

Santa Camila Baptista de Varano, abadesa (+1524). Vivió una juventud frívola, pero tuvo una profunda conversión a Dios e ingresó a la vida religiosa. Llegó a ser abadesa de un monasterio de franciscanas clarisas, fundado por su padre, donde sufrió grandes tribulaciones, pero también consolaciones de orden místico.

Un patrono para los imperfectos

Francisco Marto es un modelo de esperanza para todos aquellos que no se sienten bastante fieles. Es un patrono para los imperfectos, para los que podrían desesperarse por estar tristes consigo mismos.

La aparición de Nuestra Señora de Fátima fue comentada muchas veces entre nosotros. Pero, dentro de los riquísimos pormenores de este asunto, ¿podríamos encontrar algún hecho más que sirva para nuestra edificación espiritual?

Hay un hecho muy interesante que nos puede servir.

Los grados de interlocución

En una interlocución con alguien, podemos tomar en consideración tres grados. El grado más perfecto es cuando vemos al interlocutor, lo oímos y hablamos con él. Hay un segundo grado, menos perfecto, en el cual vemos y oímos al interlocutor, pero no hablamos. Y hay un tercer grado, menos perfecto aún, cuando solo vemos, no oímos ni hablamos. Estos son los tres grados decrecientes de una interlocución.

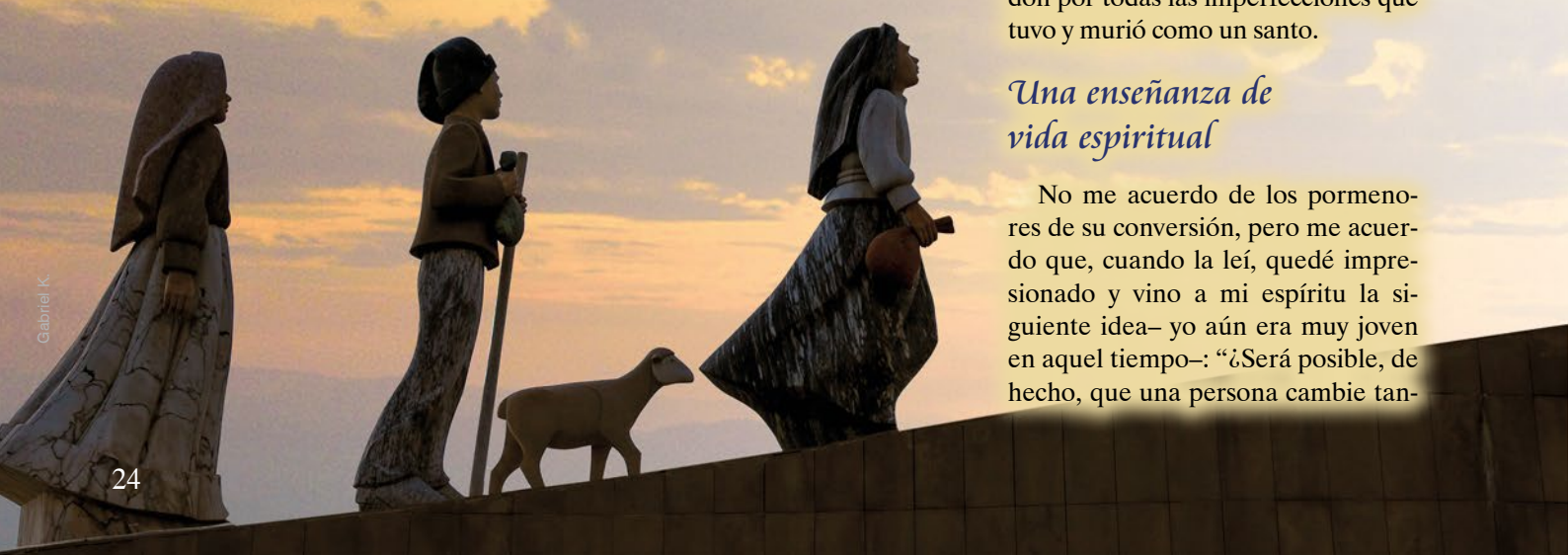
Ahora bien, la Santísima Virgen tuvo en Fátima esos tres grados de interlocución. Porque Lucía la vio, oyó y habló con Ella, teniendo la plenitud de contacto con Nuestra Señora. Jacinta la vio y la oyó, pero no habló con Ella, sino que solo la presenció.

Francisco no oía ni hablaba, únicamente veía. Nuestra Señora estaba descontenta con algunas imperfecciones de él. Por esa razón, sin cancelarle el inestimable don de participar de las visiones, no le permitió dos puntos: no pudo oírla ni hablar con Ella.

Durante esas visiones, Francisco se convirtió. No quiere decir que fuera un pervertido, sino que era relajado y estaba en condiciones menos perfectas. Sin embargo, Nuestra Señora tuvo lástima de él y lo convirtió; se hizo un niño ejemplar, pidió mucho perdón por todas las imperfecciones que tuvo y murió como un santo.

Una enseñanza de vida espiritual

No me acuerdo de los pormenores de su conversión, pero me acuerdo que, cuando la leí, quedé impresionado y vino a mi espíritu la siguiente idea– yo aún era muy joven en aquel tiempo–: "¿Será posible, de hecho, que una persona cambie tan-



Tomas T.

Gabriel K.

to como él? ¿Hay conversiones, fervores así? Estoy hablando intencionalmente de conversión de fervor. Francisco era una persona poco fervorosa en algunos aspectos y se volvió después muy fervoroso.

Un esquema de la vida espiritual de Francisco: primero, un gran llamado; segundo, una correspondencia mediocre; tercero, una inmensa misericordia: no fue excluido; cuarto: sin embargo, no dejó de perder algo; quinto: Nuestra Señora después le dio todo, porque él se unió a Ella en el Cielo como si hubiera sido fiel durante todo el tiempo. Estas son las cinco notas dominantes de la vida de Francisco.

Hay otra nota colateral a esas y es la mejor sonrisa de Nuestra Señora, porque todo eso indica su misericordia: a los que Ella llama y que no sean, tal vez, bastante fervorosos, les pide una entrega plena. Y, a pesar de ser Madre de misericordia, Ella no es para nada débil.

Punido, pero no excluido

¿Se puede imaginar todo lo que Francisco perdió al no oír a Nuestra Señora, al no poder hablar con Ella? Oír su timbre de voz… ¿Qué es recibir en el alma las mil gracias a través del timbre de voz de la Madre de Dios?

Para dar una pálida idea, imagínense cuál es la infelicidad de un hombre que nunca oyó música sacra, sino únicamente profana. ¡Cómo tendría horizontes limitados! Es mucho mejor haber oído solamente música eclesiástica y nunca todas las profanas, que haber quedado privado en su alma del conocimiento de ese valor maravilloso que es la Iglesia cantando. Pues bien, si el canto de la Iglesia tiene tanta expresión y hace tanto bien al alma, ¿qué puede hacerle al alma el timbre de voz de Nuestra Señora? ¡Él lleva consigo la modulación de todas las virtudes imaginables, en un grado mucho mayor de lo que se puede o se pueda imaginar! Se ve, por tanto, la enorme pérdida que Francisco tuvo.

Es natural, es legítimo que seamos más sensibles a la idea de la privación de ver a Nuestra Señora. Porque ver es más cognitivo que oír, bajo cierto punto de vista. Pero, por todo cuanto se pierde no viendo, se puede calcular algún tanto lo que se pierde no oyendo. Él fue castigado, ¡pero con cuánta bondad maternal! Él podía ser excluido y, sin embargo, le fue dada aquella maravilla: ¡ver! Y recibió las gracias enormes derivadas de ver. Más aún, al ver se convirtió; al convertirse, amó plenamente y alcanzó la gracia de las gracias de una plena fidelidad y de la muerte perfecta. Obtuvo la gracia de la santidad.



Como Francisco, ¡también seré perdonado!

En eso, que fue como una lágrima de Nuestra Señora, brilló una sonrisa. Francisco fue el patrón, el modelo, el ejemplo de la esperanza de todos aquellos que, llamados, no se sienten bastante fieles; tienen la preocupación en cuanto a la fidelidad que hayan tenido y tienen miedo del día en el cual la Providencia golpeará la puerta de sus almas, de tampoco ver o no estar presentes.

Nuestra Señora constituye así, para los imperfectos, a un patrono cuya oración es la esperanza de aquellos que podrían desesperarse por estar tristes consigo mismos. Aquel que fue llamado y fue infiel, en parte fue castigado, en parte, sin embargo, fue aceptado, convertido y llamado al Cielo, convirtiéndose en un ánimo para los que estuviesen en sus mismas condiciones en la Tierra.

Así, si algunos se encuentran en la situación de Francisco, tienen todas las razones para darse golpes de pecho, y en el día de Nuestra Señora de Fátima, pedirle, por medio de ese vidente, que ponga en nuestra alma una esperanza viva: ¡como él, yo también podré ser perdonado!

María Santísima me dio la gloria, la merced de ser su devoto y de conocer la Causa contrarrevolucionaria. Yo vi, pero *–hélas!–*, ¿oí menos de lo que debería? ¿Será que oí la voz de la gracia con alguna sordera?

Que Nuestra Señora me cure de esa sordera, para aprovechar enteramente la presencia y el calor de aquello que me fue dado ver; para ser, yo también, perdonado por completo; para ser fiel en los días de los castigos predichos por Ella en Fátima, como Francisco lo fue en el momento de la muerte. Para ser santo como él y rezar en el Cielo por todos aquellos que, a la manera mía y la manera de él, se arrastran y tambalean por los caminos de la fidelidad, hasta el momento en que la Madre de misericordia sienta lástima de nosotros. ❖

(Extraído de conferencia del 13/5/1970)

Integridad y vigilancia



Joost Cornelisz Droochsloot(CC3.0)

Rijksmuseum de Utrecht, Países Bajos

El perfil del alma de San Ansfrido fue completo. Experimentó todas las condiciones sociales y los más variados escenarios de la vida, siendo capaz de renunciar a todo. Al aceptar el episcopado, se transformó en un hombre de Iglesia y gobernó su diócesis con el ardor de un hombre de guerra. Humilde y modesto, siempre se mantuvo en guardia contra sí mismo.

San Ansfrido, conde de Lovaina y obispo de Utrecht, nació en la ilustre familia de los condes de Lovaina y Brabante. Fue educado, como correspondía a su nobleza de nacimiento, por Roberto, arzobispo de Tréveris, su tío paterno, en la carrera militar, que abrazó desde muy joven. Se distinguió no solo por su inteligencia, sino también por su brillante valentía y ejemplar fidelidad a los deberes de su cargo.

Como también estaba muy bien instruido en las leyes divinas y humanas, gozaba de gran autoridad, ya fuera en juicios, dietas o asambleas. La gente ignorante, al ver que pasaba sus horas de ocio inmerso en la lectura, decía que llevaba una vida monástica.

El nombre del conde inspiraba tanta confianza en el emperador Otón el Grande que, de camino a Roma, le encomendó que lo custodiara con la espada en la mano mientras



Medvedev(CC3.0)

Emperador Otón el Grande - Museo de Historia de Hamburgo, Alemania



Joseph Anton Settegast(CC3.0)

Otón III

hacía sus oraciones en las Confesiones de los Apóstoles. Más tarde, bajo las órdenes de Otón y de sus sucesores, participó de forma considerable en el gobierno del imperio, en todas las guerras de la época y, sobre todo, en la represión de los desórdenes que asolaron Brabante.

San Ansfrido empleó su gran riqueza para fundar, de acuerdo con su esposa, la famosa Abadía de Thorn, donde su hija, santa Benedicta, fue la primera abadesa.

La esposa del conde se retiró allí, muriendo santamente. Sintiéndose libre entonces, el conde de Lovaina abrazó la vida monástica, pero Otón III le confió el obispado de Utrecht tras la muerte del obispo anterior. Éste no quiso aceptar, alegando su edad y el hecho de haber dedicado su vida al servicio militar. Finalmente, incapaz de resistir la insistencia del Emperador, el piadoso caballero desenvainó su espada y la depositó sobre el altar de Nuestra Señora en Aquisgrán, diciendo: «Hasta ahora he empleado mi honor y mi poder temporal contra los enemigos de los pobres de Cristo; de ahora en adelante, encomiendo a mi Santa Soberana Virgen María la guarda y salvación de mi alma». Al oír estas palabras, el que las oyó comenzó a llorar, agradeciendo a Dios por haberle concedido a su Iglesia tan digno prelado. La Madre de Dios, de hecho, le concedió numerosas gracias para que guiara a su rebaño con inteligencia, celo y piedad.

Ciego al final de su vida, nunca perdió la serenidad de su rostro; más bien, se retiró a un monasterio, dedicándose a la disciplina y la austeridad. Se hacía flagelar por su superior todas las veces que regresaba de un concilio o dieta donde había brillado por su sabiduría y doctrina.

Agotado por la edad y los trabajos de una vida tan activa y laboriosa, ya estaba en su lecho de muerte cuando el Señor se dignó devolverle la vista. Entonces dijo a quienes lo rodeaban: "En el Señor se encuentra la única luz que nunca se extinguirá". Estas fueron sus últimas palabras. Cuando lo transportaron de Thorn a Utrecht, un delicioso perfume se extendió por el camino y no abandonó el ataúd de este hombre poderoso del siglo, este siervo de Cristo, cuya vida exhalara una inestimable fragancia de humildad y caridad.



Alupus (CC3.0)

Iglesia de la Abadía de Thorn

El sacerdote debe ser un hombre íntegro

Este es un hecho que merece nuestra atención: un arzobispo de la Iglesia, habiendo sido antes un gran hombre del siglo, poseyó posteriormente cualidades opuestas a los defectos tan frecuentes en los eclesiásticos.

Sustento la tesis —hoy, una verdad olvidada— de que, para ocupar un cargo eclesiástico, ya sea grande o pequeño, es necesario poseer todas las cualidades distintivas de un hombre capaz de sobresalir en la vida temporal. Un gran obispo o abad, un ilustre canónigo, un celoso párroco, el más humilde coadjutor de aldea, debe tener las cualidades propias de su sacerdocio, debe poner a su servicio una capacidad de trabajo igual a la que emplea el comerciante más deseoso de ganancias para obtener su dinero. Debe ser celoso de la gloria de Dios como el político más vanidoso lo es de su propia gloria. Debe ser tan listo por los intereses de la Iglesia como el diplomático más astuto lo es en el ejercicio de su misión; o como un policía, hábil, acostumbrado a su oficio, es astuto en la misión policial.

El clérigo no debe ser considerado inferior a los demás, sino que debe ser de mayor estatura, en cuanto a su hombría de espíritu, que el común de los hombres del entorno en el cual él se desenvuelve.

Esta es la verdadera fisonomía del verdadero sacerdote. Entiendo que incluso las imágenes sulpicianas distorsionan esta visión, pero aquí tenemos el ejemplo de un gran arzobispo, un gran santo que realizó esa figura, como tantos otros arzobispos, obispos, abades y sacerdotes canonizados por la Iglesia. Este santo fue un gran guerrero que, en aquella época de guerra, se hizo famoso por encima de todos los demás guerreros de su tiempo y mereció del Emperador un honor especial, cuyo alcance habría que calcular cuidadosamente desde dos puntos de vista: el simbólico y el práctico.

En aquella época, existía una especie de terrorismo con armas blancas; las luchas entre familias y feudos eran muy numerosas, pues era el remanente de la barbarie que la Iglesia aún no había logrado dominar por completo. En estas condiciones, el Emperador y los grandes hombres del mundo siempre vivían rodeados de guardias que no tenían la misión protocolaria de los guardias de la Reina de Inglaterra, por ejemplo, sino que debían proteger al rey, al emperador, al noble, de un ataque que pudiera ocurrir en cualquier momento.

Para esta misión, los soberanos no escogían solo a los más eficaces, sino que, entre ellos, elegían a quienes deseaban honrarlos, porque era un honor servir al soberano. Así, en una ocasión muy honrosa, cuando Otón I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, veneraba la tumba de los Apóstoles en Roma, quiso que San Ansfrido estuviera a su lado con la espada en la mano. Era un honor conferido a un guerrero distinguido. Él era un hombre verdaderamente virtuoso.



Arquivo Revista

El Dr. Plinio durante una conferencia en 1971

Modestia y aceptación completa de la voluntad de Dios

Por otro lado, San Ansfrido no quería ser arzobispo, pero él era tan piadoso, tan devoto, que sus súbditos —era un señor feudal— creían que él vivía como un monje; y el Emperador, tras quedar vacante una importante diócesis, le confió el gobierno de ésta. Era la época en que los emperadores indicaban, proponían nombres a los Papas, y éstos siempre nombraban al candidato digno, de modo que la designación de ese hombre por parte del Emperador ya equivalía a un nombramiento, a pesar de no ser un nombramiento jurídico.

San Ansfrido se negó, alegando ser indigno, pero a partir del momento en que lo aceptó, se transformó en un hombre de Iglesia, que no se ablandó ni perdió de repente su

talante, sino que continuó en la dirección de la diócesis con todo el fuego y el ardor de un hombre de guerra. Ese fue el perfil del alma de este santo.



Flávio Lourenço

Nunca detenerse a pensar en aquello que se hizo de bueno

¡Cuánta vigilancia se necesita para no caer en el pecado de vanidad! Esta vigilancia corresponde a la siguiente pregunta: si hice algo y volví feliz, ¿me cuido de no pensar más en lo que hice? Porque es imposible pensar en algo bien hecho sin disfrutarlo. Es como un hombre que mira, por ejemplo, una impresión inmoral y no se complace en ella. Es prácticamente imposible.

Lo mismo ocurre cuando un hombre discute con otro, hace un buen papel y lo arrasa; piensa en ello quince veces al día: "¡Cómo acabé a aquel otro!". Incluso presume, imaginando las cosas como no fueron, y se las arregla para sacar el tema en una conversación a ver si alguien dice:

"¿Quieres contarnos cómo fue esa discusión?".

"Puedo, si Uds. quieren". Todos ya lo saben, pero quieren que se los diga ¿no?

Hay alguien que quiere, así que allá vamos.

Sigue una nueva narración. No sé qué tipo de manifestaciones de orgullo puede tener una persona.

Se necesita una vigilancia constante para evitar pensar más en lo que hicimos de bueno. ¡El episodio honroso para nosotros ha pasado! Volveremos a considerarlo en el Cielo y, allí, florecerá verdaderamente. Si ya no pensamos en nuestros méritos, Nuestra Señora los administra por nosotros, los hace rendir para nosotros. Debemos apartar la vista de eso. Sin embargo, como a veces ocurren distracciones, es necesario tener una vigilancia asidua y frecuente contra los malos pensamientos.

San Ansfrido comenzó a participar en concilios y asambleas donde se celebraban debates doctrinales; él, que había sido un combatiente armado, se convirtió en un luchador de ideas y doctrinas. En la Edad Media, los concilios se celebraban con frecuencia, no solo universales, sino también regionales de una nación en particular, o de una región dentro de una nación.

San Ansfrido regresó de aquellos concilios cargado de gloria, y él, que había luchado toda su vida por la justicia, es decir, por los pobres de Jesucristo, como tan acertadamente dijo en aquella hermosa oración; él, cuyo brazo había hecho temblar a sus adversarios, se sintió aterrorizado al regresar. ¿Por qué? Porque tenía un gran prestigio personal debido a su pasado, por la posición de su familia, por el papel que había desempeñado en la vida civil, por el brillo que poseía como obispo y la influencia que ejercía en los Concilios, y él temía enorgullecerse. Así que, al regresar al convento, le pedía a su superior que lo azotara hasta que se le pasara la vanidad. Después, humildemente, iba a atender sus asuntos.

Pedir la gracia de la vigilancia sobre sí mismo

¡Cuán importante es la virtud de la vigilancia! Él era un alma que había pasado por todo, que había conocido todas las condiciones socia-

João C. V. Villa



San Vicente Ferrer - Iglesia de Santo Domingo, Cuenca, Ecuador

les, y todos los escenarios de la vida, estaba declinando hacia el fin de su existencia; había renunciado, sincera y ejemplarmente, al mundo; este hombre aún temía volverse vanidoso y, aún más, temía que, si su superior no le daba una paliza, pudiera consentir en un pecado de vanidad.

Fijémonos en lo profundo que es el pecado de vanidad y con qué facilidad se puede caer en él.

Alguien me dirá: "Yo no logro prestar tanta atención en mí mismo". De hecho, el ver dentro de uno mismo con total claridad, discernir dentro de uno mismo lo que sucede, es una gracia. Tener el alma ante sus propios ojos, de tal manera que siempre se pueda contar a Dios lo que pasa en su interior, es la presencia de la gracia de Dios. Y una manera de tener siempre a Dios presente en el espíritu es saber cómo está siendo el valor de la acción que realizamos. Y debemos pedir esa gracia.

Quisiera que el fruto de esta conferencia se tuviera como una de las cosas más preciadas, que sería esto: pedir a Nuestra Señora que, contra el orgullo, nos conceda la gracia de no pensar en los asuntos que puedan envanecernos y, para ello, tener siempre presente nuestra propia alma, para que podamos decir en cualquier momento lo que se pasa dentro de ella.

Sin vigilancia, hay vanidad

Recuerdo un hecho curioso de la vida de un gran santo, que hizo de sí mismo un elogio tal que no sé si un hombre puede decir algo semejante de sí. San Vicente Ferrer dijo que él era el Ángel del Apocalipsis suscitado por Dios para anunciar el fin del mundo. Está en sus biografías; por tanto, es lo que afirman de él.

Una vez, San Vicente Ferrer iba a predicar una misión en la ciudad de Barcelona, y le prepararon una manifestación estupenda, de esas que sólo la Edad Media sabía realizar. Al entrar, le entregaron las llaves de la ciudad como regalo; Luego caminó por las calles adornadas con alfombras de arriba abajo, familias arrojando flores, cantando alabanzas al Santo, incienso, etc., etc. Y caminaba con la mirada baja. Entonces alguien le preguntó en voz baja: "Hermano Vicente, ¿no te atormenta la vanidad?" La pregunta es comprensible, ¿verdad?

San Vicente Ferrer dio la siguiente respuesta, típica de la humildad de un santo: "La vanidad revolotea a mi alrededor, pero no entra". En otras palabras, "ella intenta entrar, pero encuentra las puertas de mi alma cerradas por la vigilancia; para que, con el favor de Dios, siga sin sentir vanidad". Lo que equivale a decir lo siguiente de otra manera: "Yo, el Ángel del Apocalipsis, me volvería vanidoso si no fuera vigilante". ¡Esa es la conclusión!

El Ángel del Apocalipsis se volvería vanidoso si no vigilara, y si nosotros no nos mantenemos atentos ¿quedaremos libres de la vanidad? Y cuando digo "nosotros", me estoy incluyendo, en el sentido estricto. Porque no creo que exista un solo hombre en la Tierra que, si no es cuidadoso, pueda no caer en la vanidad. En absoluto.

Hay diferentes formas de vanidad. Algunos se envanecen con el aplauso de los demás; otros se envanecen con su propio aplauso. Podríamos decir que este último tipo de vanidad es predominantemente característico de los pueblos germánicos, anglosajones y similares. La vanidad con el aplauso de los demás es muy característica del latino.

Yo pregunto: si no prestamos mucha atención, ¿no nos volveríamos también vanidosos? Por supuesto, por eso es necesario ser muy cuidadosos. Sin vigilancia, hay vanidad.

Síntomas característicos del consentimiento

Alguien podría preguntarse: ¿cómo puede una persona saber si está consintiendo en la vanidad?

Confieso que este es un punto que aún no he podido desentrañar. Es un problema de consentimiento, no de sentimiento. El problema no es notar si hubo un impulso interno de vanidad, sino saber si se le ha dado rienda suelta o no.

Por asombroso que parezca, según lo que pude observar en mi generación (no garantizo lo que digo), las personas percibían más o menos cuándo daban su consentimiento o no. Pero parece que esta noción de consentimiento se ha vuelto más difusa a lo largo de las generaciones y, a medida que vamos subiendo en la escala generacional, al llegar a la cima de la pirámide, parece que la noción de consentimiento es una de las más confusas.

Por lo tanto, no puedo apelar al elemento fundamental, es decir, el conocimiento que el hombre tiene de lo que él mismo hace. Debo mencionar los síntomas externos. El síntoma característico del consentimiento en la vanagloria es cuando una persona recuerda algo que halaga su vanidad, su amor propio, su coquetería, lo que sea; siente la alegría correspondiente y no ofrece resistencia alguna.

Doy un ejemplo entre cientos. He tenido la oportunidad de observar que muchas personas, al pasar frente a un espejo, se miran y se arreglan. Ahora bien, es evidente que entra en juego cierta complacencia, siempre que la persona no tenga un motivo razonable; por ejemplo, si llega de un viaje en coche a una casa donde hay visitas, puede estar un poco despeinada, cualquier cosa así, es normal; pasa frente al espejo para mantener la compostura. Sin embargo, tener el hábito de mirarse al espejo o de arreglarse siempre que pasa delante del espejo, en mi opinión, indica el hábito de la autocontemplación. Ahora bien, un hábito implica consentimiento. En qué momento ni de qué manera, no lo sé. Pero ese hábito debe combatirse, y si no se combate, se define el consentimiento.

La vanidad se encuentra en relación con mil maneras de ser de la persona, de todo. Se puede decir que alguien a veces tiene este vicio porque es alto, otro porque es bajo; lo hay al respecto de las cosas más locas del mundo. Si alguien es vanidoso por alguna razón, de vez en cuando lo recuerda y empieza a pensar, y termina entrando en la escuela de las comparaciones: "¿Éste tiene eso en mayor grado o no? ¿Aquél tiene ese grado por encima o por debajo de mí? ¿Cómo es fulano comparado conmigo, cómo es zutano comparado conmigo respecto a ese asunto?"

Esa forma de detenerse en esos pensamientos es una forma clara de consentir en la vanidad: "Yo fui invitado para ser el conferencista. ¿Cómo voy a hacerlo? ¿Tomo o no primero el vaso de agua? ¿Cómo miro



Gabriel K.

para el auditorio? ¿Entro serio o risueño?". Digo: "Mis señores, amigos míos" ¿o no digo nada? ¿Empiezo con una voz grave o una voz dulce; sonora, seductora, atronadora, discreta y normal? ¿Cómo puedo presentar mejor mi propia persona? Y luego, al final, ¿cuento un chiste para que todos piensen que la conferencia fue muy aplaudida con interrupciones? ¿Tomo un vaso de agua pensando que alguien aplaudirá? Todos esos artificios son actos externos que indican consentimiento en la vanidad.

La vanidad de las almas deprimidas

Hay otra forma para que las personas sean vanidosas, y ésta es muy curiosa. Vale la pena saberlo. Es el terror a tener un defecto. Esas personas no son exaltadas, pero sí deprimidas. Hay personas deprimidas que no encuentran ningún defecto en sí mismas y les aterra. "¡Imagínate, soy así! ¿Cómo es eso? ¿Acaso otros no lo tienen? ¿Soy más así que el otro?". Por ejemplo, escuchan una conversación entre dos personas: "¡Fulano, pobrecito!, ¡qué difícil es aprender!". El otro dice: "Vaya, ¡qué tonto es! Bueno, hay que tener paciencia, incluso es un buen chico", algo así. – "¡Ah! ¡Oh, oh, oh… entonces soy un tonto!". ¿Quién es más tonto, quién es menos tonto? Disturbios en duelos ficticios de esta naturaleza. "Le demostraré que no soy tonto, etc., etc." He visto cosas así.

Por ejemplo, dos sujetos hablan a respecto de un tercero: "Él es muy capaz, pero no es un hombre de nuestro siglo". La persona escucha: "¡Guau! ¿Qué es eso? ¿Será que tengo una oreja pegada en la frente?". Los dos continúan: "Él es un coloso, pero tiene mucha dificultad con los idiomas; somos de la era de los contactos internacionales; nuestra institución es una organización que se extiende por todo el mundo, y este pobre tipo tiene que aprender alemán...". De ahí surgen las perturbaciones de una forma de vanidad. ¿Por qué? Porque todos tenemos defectos. Yo tengo defectos, y quien me escucha probablemente también los tenga. Soy supremamente incompetente para los negocios, ¡es algo de meter miedo! Cuando alguien quiere explicarme algo relacionado con los negocios, en el noventa por ciento de los casos, presto atención por cortesía, porque en realidad no entiendo nada. Pero no me avergüenzo en decirlo.

Hace unos años conocí a un viejo sacerdote jesuita, que era mi profesor de matemáticas. Él me dijo:

"Plinio, me diste muchos problemas cuando eras pequeño".

Yo fui un estudiante bien comportado.

– "Pero ¿por qué, padre?"

– "Me regañaban mucho por tu culpa. Porque el rector te agarraba el boletín de notas y decía: '¿Cómo es que él saca buenas notas en todo y en tu asignatura siempre saca pésimas? No enseñas bien. Algo debe haber'."

Y yo respondía:

– "No, es porque no tengo capacidad para las matemáticas."

El profesor decía:

– "Esas desigualdades rara vez aparecen; en algunas asignaturas te va bien; no es normal tener este tipo de incapacidad para las matemáticas."

Y sigue así hasta hoy. Cualquier cálculo que no sea una suma, me cuesta hacerlo. Sumar dinero, más aún con la inflación, si puedo, se lo doy a mis amigos para que lo hagan.

Pero nosotros tenemos una idea de "perfeccionismo" que jamás diríamos eso en público. Por ejemplo, ¡la vergüenza de decir que no sabes cómo sumar dinero es inmensa! Para mí es lo contrario: "No sé. Hazlo tú por mí". Yo sé algunas cosas, otros saben el resto; la vida fue hecha para que nos ayudásemos mutuamente. No querer contar estas cosas, no querer verlas, es consentir en la vanidad. ❖

(Extraído de conferencia del 6/5/1971)



Arquivo Revista

El Dr. Plinio durante una conferencia en 1971

Sueños que adivinan las magnificencias de Dios



Con su ingenio artístico, el hombre debería perfeccionar las bellezas del paraíso. Imaginando maravillas y realizándolas, él mismo completaría en sí la imagen subyacente, ignota, de magnificencias para las cuales fue creado.

Podemos imaginar que, si no hubiera existido el pecado original, el espíritu humano, conociendo las piedras preciosas del Paraíso, analizando los rubíes, los diamantes, los zafiros, las esmeraldas, percibiría que ellas, dispuestas como estaban en la naturaleza, no transmitían toda su belleza, y que habría un *pulchrum* más elevado a serles conferido.

Arte de perfeccionar la obra de Dios

Como el dominio que el hombre tenía sobre la naturaleza hacía que todas las creaturas le obedecieran, todo se hacía sin esfuerzo. Así, con un golpecito bien dado con los dedos, la impureza de un diamante caería y él sabría como exponerlo al sol, de manera que quedara lo suficientemente blando para que pudiera ser modelado. Él sabía y podía todo, y elaboraría con las piedras un bello mosaico.

Ahora bien, ¿cuál sería la razón que lo llevaría a hacer eso?

A primera vista, es porque el deleite visual que las piedras esparcidas dan es menor que aquel causado por el mosaico, delante del cual se tiene algo más que el simple deleite: el bienestar de un orden superior, de algo que estaba en desorden y fue puesto en un orden que Dios no constituyó, pero que quería que el hombre imaginara y lo realizara.

Así, a lo largo de los siglos, los hombres irían modelando el propio Paraíso terrestre, de manera a realizar


Carla Belke(CC3.0)

en él una cierta forma y un cierto grado magnífico de belleza, hasta el punto en que Dios le dijera: "¡Podéis cesar, porque todo cuanto Yo quería que hicieseis del Paraíso fue hecho!"

Y, en el transcurrir de ese trabajo de ornato del Paraíso, la propia alma del hombre se iría adornando. Porque al soñar con las maravillas y realizarlas, él mismo completaría en sí la imagen subyacente, ignota, de magnificencias para las cuales fue creado, pero que hasta entonces no existían.

Y así como en la procreación, transmitiendo la vida a otro, se prolonga la acción creadora de Dios, también en las elaboraciones artísticas, poéticas, literarias, el hombre perfecciona la obra de la Creación, dándole un acabado que Dios no quiso darle.

Ahora bien, ¿por qué la Providencia dispuso que su obra alcanzara, por la acción humana, ese perfeccionamiento, ese acabado? Es evidente que es para que el hombre consiguiera el grado de semejanza con Él, lo que le daría la gloria entera.

De este modo, cuando deseamos mejorar algo del universo creado –si tenemos espíritu de fe–, debemos comprender que estamos queriendo volverlo más transparente, para que veamos mejor a Dios a través de él.

Un paseo imaginario

Imaginemos que el Paraíso tuviera una amplia extensión; nadie sabe qué tamaño tendría. El hecho concreto es que podemos pensar, por ejemplo, la siguiente escena: algunos de nosotros caminando deleitados por el Paraíso, cuando, de repente, encontramos un grupo de personas, también inocentes, que pasan cantando. Ellas están adornadas con flores, bañadas de luz, están perfumadas, todas bellas, castas, no suscitan la menor concupiscencia.

Y nosotros, dentro de un agua cristalina, donde nos deleitamos –no nos bañamos, porque la idea de bañarse trae la idea de limpieza y de suciedad– vemos pasar ese cortejo por la orilla. Andan todas ordenadas de tal manera que es bello verlas pasar.

¿Qué es eso? Es algo que Dios quiso que el Paraíso tuviese en virtud de las almas que, hechas a su imagen y semejanza, se perfeccionarían allá, y que sería la mejor belleza de eso. Es, por lo tanto, amor a Dios.

Si, por ejemplo, un sacerdote estudiara bien en los Doctores de la Iglesia, en los Padres y en la Tradición, todo cuanto hay sobre las hipótesis del Paraíso y se especializara en predicar sobre esa materia y nada más, ¿cómo sería? ¡Atraería multitudes para oírlo! Y creo que dejaría atrás de sí un rastro de interés por las cosas de

la Iglesia que sería profundamente diferente de tantos otros sermones, sin comparación.

Pensamientos beneficiosos que enlevan[1] y distienden

¿No es verdad que descansamos un poco evocando eso? ¿No es verdad que, por ejemplo, eso prepara para el sueño, para la distensión?

Me parece que ser capaz de pensar cómo sería el Paraíso terrestre y cómo será el Paraíso celestial acaba descansando mucho más que las salas de recuperación, donde el enfermo queda extendido, con varios aparatos conectados a él, para ver si no se está muriendo; y él vivo, dejando pasar el tiempo…

Qué buen pensamiento se puede sugerir a un cardíaco que esté en estado de gracia: "Querido, es bien verdad que si se revienta una vena de tu corazón, que puede reventarse de repente, tu morirás. ¿Pero, has imaginado lo que es morir? Estando en estado de gracia, irás a un lugar mucho mejor que este, irás al Cielo para ver a Dios cara a cara. Solo te separa del Cielo la pared tan tenue de una arteria que no está funcionando bien."

A algunos enfermos sería necesario persuadirlos de que continúen en la cama, en vez de facilitarles el saber si morirán. Y no es aquel terror de la muerte que tienen los que agonizan. Es decir, eso es eminentemente beneficioso, interesante, bonito y todo lo que quieran.

Sueños que adivinan la realidad

Si yo tuviera tiempo y si me ayudara mi ingenio y arte para tal, yo estudiaría eso en Cornelio a Lápide[2] y haría varias reuniones sobre el tema. Pero dejando que después cada uno de ustedes imaginara las cosas del Paraíso en la línea de nuestra vocación y de nuestro espíritu, incluso añadiendo peculiaridades personales, desarrollando el asunto. Daría lugar a una conversación muy bonita.

¡Cómo sería bueno si nos encontráramos por las noches para intercambiar impresiones sobre las últimas novedades del Paraíso, los pequeños hechos del Paraíso imaginario! ¿No sería mucho más atrayente que cualquier televisión, radio, de todo lo que hay por ahí?

Dirían que somos unos soñadores. Es verdad, pero de esos sueños que no son contrarios a la realidad, sino que la adivinan. ❖

(Extraído de conferencia del 9/4/1983)

---

1) Del portugués: significa pensamientos que generan encanto, éxtasis, arrobamiento, deleite, encanto.

2) Jesuita y exégeta flamenco (*1567 – +1637)



Leandro Verdadeiro

Nuestra Señora del Santísimo Sacramento

Según la Tradición, la Santísima Virgen sobrevivió a Nuestro Señor durante mucho tiempo y, siendo la Sagrada Eucaristía adorada por todos los fieles, Nuestra Señora era el ejemplo de una persona con intensa devoción eucarística.

Es muy verosímil que Ella haya recibido la gracia de que las Sagradas Especies nunca se corrompiesen en Ella. Así, se volvió un tabernáculo vivo, trayendo nuevamente en sí su Divino Hijo de un modo diferente, pero tan real cuanto lo tenía durante la sacrosanta gestación.

Nuestra Señora del Santísimo Sacramento es, pues, el modelo de adoradora, pero también Aquella que está junto a Jesús Sacramentado rezando por nosotros.

Si María es la Medianera Universal de todas las gracias y si la fuente de las gracias es Nuestro Señor Jesucristo realmente presente en la Sagrada Eucaristía como en el Cielo, es evidente que la continua mediación de Ella junto al Santísimo Sacramento del altar es indispensable para nosotros, a la cual debemos recurrir en todas nuestras Comuniones.

Como dice San Luis María Grignion de Montfort, el perfecto devoto de María debe, durante la Comunión, dirigir todas sus súplicas a Nuestro Señor por medio de Ella, pidiéndole que interceda para que los actos de adoración, de acción de gracias, de reparación y de petición sean bien recibidos, por la mediación de Ella, todas las gracias que Él nos destina.

(Extraído de conferencia de 1964)



Samuel Holanda

Virgen del Pilar – Catedral de Zaragoza, España